

APUNTES CRÍTICOS SOBRE
UNA COLOMBIA
DESDIBUJADA
ENSAYOS CALLEJEROS

CARLOS ARTURO ARBELAEZ CANO



EL ARCANO EDICIONES

2019

Copyright © 2019 Carlos Arturo Arbeláez Cano

ISBN: 9798610773438

DNDA:# 10-878-324

Portada, maquetación, edición: El autor.

Ilustraciones e imágenes del archivo del autor.

Distribución: induarcano@gmail.com

Palabras clave: Geografía política de Colombia, Historia de Colombia

Impresión y encuadernación: Multimpresos, Colombia, 2020

Todos los derechos reservados

CONTENIDO

DEDICATORIA.....	5
UMBRAL.....	11
NATURALEZA Y ALCANCES DE LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO EN GEOGRAFÍA.....	15
TERRITORIO Y PODER: UNA GEOGRAFÍA DESDIBUJADA.	33
EL OBJETO DE LA GEOGRAFÍA MODERNA: UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL.....	47
CAMBIO CLIMÁTICO: SE AGOTA EL TIEMPO PARA REPARAR	65
CRECIMIENTO CERO: AL RESCATE DE LA CARTA DE MANSOLT.....	83
ÉTICA Y CONOCIMIENTO: APUNTES AL MARGEN DE LO COTIDIANO	104
UN NUEVO ORDEN MUNDIAL SE ACERCA..	115
COLOMBIA: ¿DESARROLLO O DECADENCIA EN MARCHA?	133

ORDENAMIENTO TERRITORIAL: UNA APROXIMACIÓN EN EL ÁMBITO LATINOAMERICANO	144
LA HERENCIA URIBISTA	167
SÍ A LA PAZ, PERO A MI MODO: PARODIANDO LAS VOCES DEL CINISMO.....	177
“EL RESISTIBLE ASCENSO DE DONALD TRUMP”	189
CRÓNICA DE LOS VENCIDOS.....	193

DEDICATORIA

A los pueblos Nasa, a Manuel Quintín Lame, el indio “muérgano” que se opuso a la sumisión y al tributo, herencia de invasores, criollos y mestizos y a todos los “hermanos mayores” que se resistieron a que les fuera borrada su historia.

A Colombia, que es mi espacio de vida. Durante muchos años anduve por su geografía; unas veces buscando aventuras en largas travesías de adolescente con mi grupo de amigos de barrio, recorriéndola en *auto stop* y a escondidas de nuestros padres, que se oponían con obstinada autoridad y comprensible preocupación a esas exploraciones juveniles.

Eran días y noches a merced de los elementos, que nos permitían experimentar las entrañas mismas de una patria diversa y multivariada, particular en sus contradicciones y exótica en sus bondades y miserias.

Ríos despeñándose por entre los cañones impenetrables desde las altas montañas. Páramos que en su silencio y sus misterios guardan las prístinas raíces en ascenso del agua.

Precipitados en su lucha por alcanzarnos a todos, los ríos se reposan y transitan los valles idílicos de Isaac o los

Llanos inmensos hasta perderse con sus extensos meandros por la amazónica selva de Rivera.

Los esteros y las ciénagas; planicies amortiguadoras de ecosistemas vitales, son espacios de gran valor estratégico también para la economía del país. Territorios diversos en donde maduraba el arroz, el algodón, el tabaco, el sorgo, la soya, el maíz, y un universo de vida y de riqueza inimitable.

Con los años volví a recorrerla como funcionario público del sector agropecuario, uno de los sectores más complejos del país, con sus asimetrías, sus rezagos tecnológicos y de infraestructura y sus sistemas de producción y de tenencia de la tierra aún no resueltos.

Con sus paisajes, sus gentes y su historia tremenda y distorsionada por los invasores, declarados vencedores, y sus herederos, que también heredaron la tarea perversa de reproducir la barbarie, el desplazamiento, la exclusión, la discriminación, el diezmo y la alcabala. Todo un crisol de encuentros y desencuentros, intereses, derechos y razones convertidos en el magma o sustrato alimenticio de las más complejas asociaciones del crimen y la depredación ambiental.

Su Pacífico ardiendo en la confusión de sus riquezas y sus desgracias, las ciudades andinas, y las costas

tropicales donde converge el detritus de nuestras opulentas y caóticas metrópolis, vibrantes de modernidad y confusión gracias a la concentración desmedida en todos los órdenes, en tratándose de los centros de la vida económica de la Nación.

Hoy, 60 años después, recuerdo que con escasos 4 o 5 años de vida, recién llegado a Bogotá, observaba desde la terraza de un bello edificio republicano, los incendios y las manifestaciones callejeras. Esas imágenes que mi mente de niño no alcanzaba a comprender, eran el pan de cada día. Eran las mismas razones por las que hoy miles y cientos de miles de ciudadanos se toman las calles. Las demandas eran también justicia social, equidad, educación, paz y progreso para todos. Era el año 1959 y acabábamos de llegar con mi familia huyéndole al campo plagado de violencia política. Pero la paz tampoco estaba en la capital.

Hoy mi Colombia, a quien dedico estas reflexiones, presenta la misma escena de hace tantos años; se manifiesta con las mismas movilizaciones populares. Los llamados peyorativamente “vándalos”, terroristas o incendiarios, enfrentados a los mismos escuadrones antidisturbios mandados por los “bandidos” del “establecimiento”, agazapados detrás de generales que ostentan y ostentaban, tantas estrellas como pezuñas.

Hoy presencio, desde mi retiro de pensionado de salario mínimo, en los noticieros de la televisión, en su mayoría al servicio de los “bandidos del establecimiento”, esas mismas realidades que los padres de la patria se obstinan en perpetuar a pesar de los acuerdos de paz recientemente firmados, y que fueron una esperanza frustrada de pacificación.

Persisten los motivos de la gente para manifestarse. Las plazas públicas se llenan de estudiantes, trabajadores y ciudadanos en el calor de la fraternidad y la convivencia pacífica, exigiendo el cumplimiento de los pactos que se incumplen reiteradamente por gobiernos incompetentes, mentirosos y cómplices de las corporaciones, que abusivamente depredan la riqueza y el trabajo de esta Nación.

Observo cómo las jornadas van entrando en una dinámica de verdadera hermandad, luego de tantos hechos de violencia y provocación de la fuerza pública con los tristes saldos de muertos y heridos. La fuerza pública ha tenido que retirarse y permitir el desarrollo de las marchas en completa tranquilidad, con lo cual se prueba la presencia de bandidos, infiltrados y provocadores con la estrategia de imponer el miedo y la disuasión. Víctimas y victimarios, al final todos damnificados de su establecimiento.

En esta jornada denominada **21N, los comandos antimotines** han sido desenmascarados, haciéndose evidente la utilización de sicarios y mercenarios para justificar las bombas, las balas, las golpizas, las muertes y las detenciones arbitrarias de cientos de estudiantes, campesinos, indígenas, afrocolombianos y trabajadores.

Dedico pues este libro a mi país: pueblo, territorio e instituciones, porque es desde la raíz de su historia y su tragedia de donde he podido beber y degustar mi nacionalidad.

21N, Manizales, 27 de noviembre de 2019



La casa cansada, Majagual, Sucre, 1982

UMBRAL

Para comenzar quiero recordar a quienes de alguna manera han sido la fuente donde he bebido los insumos para sumergirme en estas reflexiones y el crisol donde se cocinaron, y se siguen cocinando, mis fantasmas y mis demonios.

Tanto pensar y tanto trasegar por libros y paisajes en un intento por diagnosticar este país. Tantos intelectuales o simples pensadores de nuestra tremenda patria, dedicando años y años para acercarse a una interpretación de nuestra nacionalidad.

Tantos y tantos economistas y sociólogos desnudando las verdaderas causas de la fracasada gobernabilidad nacional; aproximándose a la historia remota de nuestras cadenas o a las barbaridades heredadas y replicadas mil veces por un criollismo mezquino y depredador.

Cualquiera que sea la condición actual de algún paisano nuestro, ninguno podrá estar exento de cargar con sus propios pecados.

Un país que nunca pudo estructurar su aparato productivo en actividad diferente al extractivismo salvaje de sus recursos naturales. La producción de bienes básicos y materias primas que muchos otros países entendieron como el punto de partida de la agregación

de valor y modelo de progreso y crecimiento económico, no fue nuestra preocupación y sí es el error histórico que hoy seguimos cometiendo.

Todo gracias a las inmensas regalías y a las míseras mordidas que las empresas extractoras destinan para engordar las corruptelas de los gobiernos venales que nos han disque representado durante dos siglos de República. Antes no bastaba sino imponer la pena de muerte a los nativos que se resistieran o se negaran a entrar a la mina o al socavón.

Este libro es una recopilación de ensayos y textos de opinión que se produjeron durante dos años de estudios en Geografía y Ordenamiento Territorial. Ellos fueron culminados satisfactoriamente, pero no el diploma pues la propuesta de tesis reñía con los objetivos del programa.

Me proponía demostrar que no es viable pensar en Ordenamiento Territorial sin ordenar primero a la sociedad. La propuesta la encontraron discordante con el programa ofertado por la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en convenio con el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, por lo cual decliné mi aspiración.

El motivo del choque académico resultó de la proposición: *este país tiene más territorio que sociedad*, y que hablar de ordenamiento territorial como herramienta de Estado para alcanzar los niveles de gobernanza democrática deseada, no pasa por el ordenamiento de la misma sociedad que lo reclama.

Este escrito busca aportar referentes y reflexiones sobre lo que hoy sigue siendo vigente en nuestro país en el segundo centenario de su independencia, si es que esto se puede entender como un estado independiente, y si vale la pena celebrar estas efemérides nacionales recordando los tiempos aciagos de la invasión y el desplazamiento forzado que no cesan.

El libro puede leerse sin ningún orden capitular. El orden que escojan los llevará, en todo caso, a acumular motivos para pensar en la patria como un espacio vital en el que confluyen los choques ideológicos del pasado y del presente, del colonialismo y el neoliberalismo en marcha hacia un final más cercano, indistintamente, a la tragedia o la armonía, pues estamos en manos de la velocidad y el vértigo de la pasión y no en manos de la cadencia y la prudencia de la razón.



Postal Foto Títo, s.f.

NATURALEZA Y ALCANCES DE LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO EN GEOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La geografía se funda como disciplina del conocimiento hacia 1875 al trascender las antiguas visiones o formas de representar el mundo (Ortega, 2000).

Se ubica así dentro del campo de las ciencias y adquiere representación en las diferentes instituciones educativas y sociedades geográficas alemanas. Por eso se dice que es un producto alemán.

Nace como resultado de los viajes y exploraciones que introducen cambios en la visión de la superficie terrestre y en el encuentro de nuevas culturas. De la expansión colonial europea que incrementa el interés social por los nuevos conocimientos y por un espíritu nacionalista.

Nace de la elaboración de un proyecto conceptual y metodológico y del reconocimiento institucional.

ALBORES DE LA GEOGRAFIA

Para no desprendernos de las corrientes europeas que se declaran depositarias de la cultura y el saber occidental, y

hasta del saber oriental, ¡sin ningún reparo!, citemos los inicios de la geografía (geo: tierra, grafos: descripción) en las expresiones pictográficas descubiertas por los antropólogos en las cuevas de Altamira (España) y Lascaux (Francia), entre otras.

Allí se estimaban las distancias de la presa a ser cazada por el homínido; allí se daban los primeros asomos de hábitat, de reconocimiento del entorno geográfico, de sus accidentes, sus valles y sus desfiladeros. Por esos espacios transitaba el hombre urdiendo los caminos para evitar los accidentes o para valerse de ellos en el objetivo de cercar a su presa o de aislarse de las inclemencias del tiempo.

Quizás sus descripciones del espacio no correspondían a una escala y a unos trazos enmarcados dentro del rigor de la línea o el ángulo, pero si describían sus observaciones espaciales relacionándolas con los elementos a su alcance: un árbol, un risco, un acantilado, etc. Esa forma de leer su territorio no cambiaría con el paso de algunos años y ni siquiera con el paso de algunos milenios.

A pesar de las interpretaciones que los antropólogos hacen sobre el carácter mágico de estas manifestaciones artísticas (Hauser, 1979), toda vez que los pictogramas representan las escenas de caza que se harán realidad

como en un diagrama o en un esquema de un plan; justamente era ese arte pictórico el que los relacionaba con el espacio y con la naturaleza que los rodeaba.

El hombre prehistórico era observador, debía conocer al animal y sus conductas, los espacios que habitaba, sus rutas, leer sobre el terreno la dirección de sus huellas, el peso, el tamaño, escuchar con un oído agudo el roce de su cuerpo contra la floresta. ¿Hacia geografía?, ¿Eran acaso estas reflexiones de naturaleza geográfica? (Bonilla, 2001: 123-147).

Pero el paso desde la trashumancia, como forma de habitar el espacio, hacia el sedentarismo, en el afán de proveerse su alimento con formas primarias de cultivo (luego vendría la agricultura hacia el año 8.000 a.C.) y la domesticación de animales, establece relaciones y vínculos muy estrechos con su “territorio”.

“Se establece la organización del trabajo, el reparto de funciones, la especialización en los oficios” (Hauser 1979, tomo 1: 23). Se da inicio al pensamiento previsivo, que no solamente tiene que ver con el aseguramiento alimentario sino con la disposición de espacios aplicados a las diferentes actividades. Aparecen los criterios de economía y la naturaleza comienza a ser transformada por la acción humana en una carrera que ya no encontrará su fin. Como tampoco tendrá fin la acción de

la naturaleza y sus elementos, en la transformación o evolución de la geografía. “El mundo no se ha terminado de construir. Está aún en proceso de formación y perfección; ... Lo anterior es, palabras más palabras menos, el rescate de una de las lecciones de Teilhard de Chardin hoy devaluadas...” (Arbeláez, 1991).

Es así como el hombre se detiene a pensar, a abstraer esa realidad tangible e incuestionable de su prístino estado natural y comienza a percibir la naturaleza con actitud racional y calculadora. Este es el hombre que comienza a colonizar, a explorar, a invadir y a apropiarse, ahora sí, de un espacio que entre más habita más quiere interpretar.

La geografía existe por sí misma, es el todo, pero no es nada para los antiguos que, antes de reconocerla, deben implementar sistemas de medición e inventar los instrumentos que los acerque a una explicación de los fenómenos espaciales, para que puedan ser susceptibles de acomodación, ordenamiento o reparto.

La Geografía como pensamiento elaborado, sistematizado y objetivo ha de convivir con las Ciencias Naturales (Biología, Química, matemáticas, física, etc.) sin identidad propia durante varios milenios (Ortega, 2000).

LA GEOGRAFIA CLÁSICA

La matemática, la física, las ciencias naturales, se abren paso a través de la cosmogonía y la cosmografía en los diferentes escenarios de las culturas antiguas donde quiera que estas existan. Los chinos, los sumerios, los caldeos, los griegos, todas las culturas definiendo sobre el espacio la distancia, la descripción, la orientación, la relación entre los elementos. De manera espontánea, pero buscando el conocimiento geográfico, los científicos o los filósofos no diferencian la geografía de las ciencias naturales.

En todo caso, cada cultura reclama ser el centro del universo. Cada cultura establece su universo según los horizontes de su territorialidad y a partir de allí existe y se define un conocimiento geográfico propio pero circunscrito a la descripción física: la geografía física, que perdurará en el tiempo al servicio de los exploradores o colonizadores y siempre al servicio de los sectores detentadores del poder.

La revisión en el siglo XV de la cartografía griega y grecolatina y la recuperación de los estudios cosmográficos y geográficos de Ptolomeo, sientan los referentes conceptuales de la geografía clásica que sigue practicándose con el criterio de describir y localizar los

elementos en la superficie de la tierra o en el espacio, y con la finalidad de ejercer poder, dominación y control.

Movámonos por la historia indagando sobre el quehacer geográfico y su naturaleza. Sin proponérselo, los clásicos fueron transitando pues desde la mera observación de las distancias, los lugares y las características morfológicas de la corteza terrestre, hasta el desarrollo de técnicas cartográficas que definieron la naturaleza y el alcance de la geografía para esa época. Lo anterior mediante un proceso deductivo (no metódico por ahora) que le dio su primer fundamento a la futura ciencia.

UN SILENCIO DEMASIADO LARGO

¿Cuándo no referenciar los largos siglos del oscurantismo medieval y sus influencias sobre ultramar? ¿Nuevo Mundo no tanto descubierto como encontrado gracias a la geografía, la astronomía y a la navegación? Sin embargo, el conocimiento geográfico no avanzaba más allá de las aspiraciones religiosas de los grandes imperios. La reflexión y la crítica del saber no rompía todavía el estrecho campo por el que lo dejaba mover la cosmogonía cristiana, o la islámica, ambas cargadas de fundamentalismo. Un teocentrismo a ultranza que impactó grandemente, como bien es sabido, el desarrollo del método científico y la dialéctica filosófica. Aún el arte, (y valga la pena aquí señalar el contenido plástico de

los mapas y mapamundis, muchos de ellos cargados de iconos, símbolos y animaciones gráficas de belleza y contenido estético incuestionables), acudiendo a la geografía, o viceversa, en el afán descriptivo y representativo del espacio.

Siglos de guerras en Europa, en una sucesión de invasiones ya del norte, ya de oriente, con sus diferentes actores como los celtas y los germánicos en los siglos VI, VII, VIII, redefinían los territorios en cuanto que las fronteras, los límites y los linderos convertían a Europa en un sin número de reinos cuyo fundamento de poder era la tierra, mejor dicho, el espacio, el territorio. Los terratenientes fueron apareciendo por generaciones al calor de las guerras y el producto de ellas: los botines, y ese continente tan pequeño comparado con Asia o África, se llamaría a convertirse en el continente más influyente en el mundo a partir de su configuración territorial de reinos y estados casi microscópicos si se les compara con la ex URSS, o la China o la India. Al respecto Carl Ritter concluye que “El menor de los continentes estaba así destinado a dominar a los más grandes” (Ortega, 2000: 131) ¿Y qué hacía la geografía para entonces?, guardar silencio, dejar que los agrimensores confirmaran el poderío de los monarcas en planchas cartográficas. Era un oficio muy lucrativo.

La esfericidad y demás características del cosmos y de sus elementos, guardados celosamente en el silencio de los siglos para bien de los poderosos y amodorramiento de los humildes, despertó en el siglo XV, gracias a las nuevas corrientes renacentistas y su revaloración del hombre como protagonista en el escenario terrestre.

Hasta la mitad del siglo XIX la geografía continuaba siendo inscrita como un capítulo más de las ciencias naturales y con ella se explicaban los temas de la geología, los climas o la biología.

NUEVAS PROPUESTAS GEOGRÁFICAS

La geografía se abre en muchas vertientes gracias a los aportes conceptuales de pensadores como A. De Humboldt y C. Ritter. Las propuestas de estudiar los diferentes componentes de una geografía científica que tocaba los diversos contextos sociales, económicos y territoriales, son el punto de partida a la dialéctica geográfica en la que tercian las variadas corrientes del pensamiento del siglo XIX y XX. Se desempolvan los postulados filosóficos del existir y el ser, la razón y la moral y toda la fenomenología de los intercambios productivos y de las relaciones humanas en el espacio.

Se implementan las escuelas de geografía y las sociedades geográficas y, en definitiva, se institucionaliza el

pensamiento geográfico como una disciplina científica capaz de criticar, proponer y formular teorías sociales de desarrollo, que la ubican definitivamente dentro de las ciencias humanísticas.

Pero la lucha es fuerte. Los victorianos en Inglaterra tradicionalmente colonizadores de extensos territorios a todo lo largo y ancho del planeta, porfían en mantener los rijosos esquemas de plantear la geografía como ciencia de la naturaleza. Rechazan la interdisciplinariedad que se le está dando a la nueva geografía y a los nuevos alcances de esta, que ponen en entredicho el estatus de la burguesía europea imperialista.

Darwin, Marx, JJ. Rousseau, Kant, H. Spencer, hasta los geógrafos contemporáneos como F. Ratzel, P. Vidal de la Blanche, R. Mendes, por nombrar solamente algunos, son las luminarias de los estudiantes que se plantean la necesidad de estudiar al hombre y su territorio desde todas las perspectivas. Así la geografía llega a denominarse como “ciencia puente entre las ciencias naturales y las ciencias humanas” (Ortega, 2000). Como si todo fuera geográfico y la geografía lo fuera todo, en una suerte de vasos intercomunicados por la presencia del ser humano.

Tan ambiciosa en sus alcances resulta ser la moderna geografía que ha pretendido sustituir la economía y la

estadística, la antropología y la ecología y ha abordado el tema de la planificación u ordenamiento de los territorios casi desplazando a la ciencia de la administración.

Pero no nos confundamos con la palabra sustituir, cuando digo sustituir intento promover la confrontación de la geografía con las demás ciencias, siempre que estas se aparten del objetivo del conocimiento al servicio de la fraternidad humana.

Esta aspiración científica de la geografía ha de marcar las estrategias de dominación mundial dependiendo de quién se sirva de ella; la implantación de un nuevo orden mundial, no el imperialista, que al decir de Fals Borda es “la maldición de la codicia capitalista y clientelista” (Fals Borda, 2001), sino de un nuevo orden mundial con visión de sostenibilidad, democracia y justicia.

Es paradójico, al decir de Ortega Valcárcel, que esta disciplina no bien definida todavía en su naturaleza científica “...se encuentra en el mismo centro de los problemas más acuciantes y de mayor relevancia del mundo actual, desde los medioambientales a los que derivan de la desigualdad social, a escala local, regional y mundial y a los que tienen que ver con una mejor gestión del territorio, como gustan de resaltar los mismos geógrafos” (Ortega, 2000: 554).

CONCLUSIÓN

Hemos venido hablando de las confrontaciones ideológicas a través de la historia, pero el hombre y su comportamiento como individuo o colectivo, ha estado íntimamente relacionado con el espacio geográfico que le rodea o que lo contiene (su territorio).

Como quiera que se trate de sociedades primitivas o estructuras sociales altamente refinadas y modernas, las confrontaciones ideológicas han ido marcando hitos históricos. Guerras, tránsitos desde sociedades de tipo feudal a sociedades capitalistas, y prácticas de colonización o de encuentro de otros territorios, han producido hibridaciones socioculturales y sus correspondientes cambios en los espacios geográficos y en la postura ideológica respecto del territorio.

Hay un común denominador en torno a la confrontación ideológica que tiene que ver con la modificación de los espacios. Los botines de las guerras van desde la redefinición de límites territoriales hasta la desaparición de estos bajo el fragor de las artillerías. El territorio ocupado por la fuerza o por la concertación o por la dinámica espontánea de apropiación, genera sentido de pertenencia y consecuentemente actitud de defensa, control y validación de quienes pueden compartirlo. De tal forma que cuando se confrontan las sociedades, no se

confrontan tanto por una ideología como sí por un espacio o territorio.

Desde la geografía, ordenamiento territorial se refiere a disponer de procesos, instrumentos y acciones que habiliten a quien ejerce el poder público, a alcanzar desarrollo social y económico dentro de una visión de sostenibilidad.

Los agentes privados del poder, actuando transversalmente, con sus prácticas rentistas sobre las estructuras del poder político y sobre el espacio, hacen impracticables esas visiones de sostenibilidad que invocan los Estados.

¿Será por esto por lo que ordenar el territorio es confrontar intereses que más que ideológicos corresponden a intereses vitales, de seguridad alimentaria, de equidad, convivencia e inclusión, que implica reparación de quienes tradicionalmente se hicieron a los privilegios, a la concentración y al ejercicio del poder?

¿Hasta dónde y cuánto pueden afectar a las sociedades los geógrafos, cuando se trate de aportar conceptos y conocimientos científicos que antes que incrementar brechas ideológicas propendan a encaminar un curso armónico del cosmos?

“Los cambios en el pensamiento geográfico ocurren no por una acumulación de conocimientos, sino por una sucesión de revoluciones, de rupturas profundas, de tal forma que la evolución del pensamiento geográfico responde a esas revoluciones científicas que son episodios de desarrollo no acumulativo, en los que un antiguo paradigma es reemplazado total o parcialmente por otro nuevo e incompatible” (Estébanez, 1990).

No me produce zozobra o preocupación el sostener aquí que, así como la poesía se vale de la geografía, la geografía se convierte también en el espacio por donde transitan las emociones. Esa simbiosis probablemente es lo que nos permite reiterar que la geografía lo contiene todo y todo es geográfico: no sabría cómo llamar a esta ciencia si me encontrara, por algún azar de la tecnología, sobre la superficie de Marte o de la Luna. Probablemente me seguiría refiriendo a esas superficies con la misma palabra.

Terminaré transcribiendo un poema “geográfico”, “clásicamente geográfico”, de mi autoría y publicado en la revista dominical del diario La Patria de Manizales en agosto 18 de 1991.

PAISAJE

Otra vez me detuve en tu paisaje

a estirarme cuan largo soy

como en una superficie de aguas

rutilantes,

a regodearme sobre tu piel

y a enumerar una a una

la arquitectura de tu desnudez.

Hoy me detuve en tu paisaje

árido

de sed y de cansancio

de mi propia vigilia

a transitar collados y extensas

latitudes,

geografías quizás inexploradas

virginales indómitas y ocultas.

Por tus vertientes y tus

desfiladeros
precipité mis ansias, mi pasión,
mi ternura
llegando a los turgentes
territorios de ensueño
en los que me atrapó
la maraña selvática
de tu sensualidad

BIBLIOGRAFÍA

Arbeláez Cano, Arturo (1991), “Monteleón...Domado”, en: Revista Quehacer Cultural, Año 6, No.57, febrero, pp. 4 - 5, Publicación del Comité de entidades culturales de Manizales.

Bonilla Godoy, Jaime (2001), “Reflexiones acerca de los fundamentos teórico-metodológicos en geografía histórica. Visiones contemporáneas”, en: Cuadernos de Geografía X (1), pp. 123-147, Departamento de Geografía – Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Estébanez, José (1990), Tendencias y problemática actual de la geografía, décima reimpresión, Editorial Cincel, Cuadernos de Estudios, Serie Geografía, No.1, Madrid.

Fals Borda, Orlando (2001), Kazyadu, Biblioteca Vértices colombianos, Editorial Desde Abajo, Bogotá.

Hauser, Arnold (1979), Historia social y económica de la literatura y el arte, 5ª Ed, Editorial Guadarrama, Barcelona.

Ortega Valcárcel, José (2000), Los Horizontes de la geografía, Teoría de la geografía, Ariel Geografía, Barcelona.

Leroy-Gourham, André, (1972), “De cuando el arte iluminó las cavernas”, en: El Correo de la UNESCO, año XXV, pp.30 – 39.

Bordes, Francois (1972), “La vida cotidiana en la Era de Piedra”, enEl Correo de la UNESCO, año XXV, pp. 14 – 19



Cebollas de Tota, Boyacá, 1983

TERRITORIO Y PODER: UNA GEOGRAFÍA DESDIBUJADA.

ESPACIO DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

El hombre y el espacio guardan una relación indisoluble. El uno es el espejo del otro. No tanto el espacio del hombre, como el hombre del espacio. Pero ¿quién se refleja en quién?, ¿cuál es la dirección de esa relación?

El espacio define las técnicas, las acciones y el comportamiento humano. También vale decir que el hombre manipula el espacio y lo “fabrica” para su satisfacción personal o social, según se trate del individuo o el colectivo.

La vida lacustre en el andén del pacífico chocoano, sus palafitos, sus medios de comunicación fluvial, su dieta, el interminable diluvio que alcanza cifras extraordinarias en milímetros de precipitación anual y todos esos elementos, estructuran un paisaje particular que no puede ser independiente del comportamiento de sus habitantes.

Hoy los nativos raizales del litoral pacífico colombiano guardan una identidad compartida y unas técnicas de ocupación del territorio que no difieren sustancialmente

a pesar de los aportes que los negros africanos trajeron a su llegada desde el siglo XVII (Maya 2003).

Así mismo, los colonos llegados en épocas más recientes, además de adaptarse a las técnicas y a las formas espaciales, han incorporado sus saberes y han aportado técnicas refinadas y herramientas más modernas con lo que la relación pareciera no tener una dirección específica y fuera pertinente pensar que el hombre no es el reflejo de su medio ambiente, sino que aquél lo manipula y lo modela a su amañó y a su acomodo, por encima de las características propias de los lugares.

Sin embargo, y para llegar a una conclusión pragmática, digo que existe una dualidad por cuanto la modernidad ha refinado las técnicas ancestrales heredadas o forzadas por el medio, con lo cual el hombre le impone las formas al espacio, territorializándolo o convirtiéndolo en un espacio soberano, pero a partir del aprendizaje milenario y el desarrollo de las técnicas y las herramientas posibilitadas por la naturaleza (Zambrano 2001).

El espacio es el soporte vital, le asegura al hombre su supervivencia. El hombre actúa en él y en él están los recursos que satisfacen sus necesidades. El hombre debe adaptarse al espacio, así como adaptar éste a sus intereses y visiones.

EL ESPACIO Y LA CULTURA

El hombre requiere socializarse para garantizar su supervivencia como individuo y como especie. De esa socialización surgen relaciones de autoridad, de intercambios; surgen normas, valores y criterios que van configurando una red sinérgica entre los miembros, y que, en su conjunto, corresponde a la manifestación cultural de los conglomerados humanos. Esta configuración de normas, criterios, jerarquías y comportamientos se inscriben en una estructura conductual que valida la actuación de cada uno de los miembros y los identifica con una cultura ideológica. Esto es que comparten unos patrones, no la totalidad, para idear, concebir, imaginar, interpretar y actuar, digámoslo así, el territorio y en el territorio.

La cultura, concebida como patrimonio ancestral, herencia milenaria de la visión de nuestros inmediatos y remotos antecesores, fraguó en el crisol de su propio devenir histórico y dentro de su territorialidad, una identidad. Identidad que se traduce en la apropiación de un territorio, la definición de sus linderos y el ejercicio sobre él de algún grado de soberanía y control.

En esta explicación del devenir del espacio en territorio, por la actuación humana sobre un espacio determinado, hay quienes se adaptan y hay quienes no. Así el colectivo

debe resolver esta disyuntiva aplicando alguna forma de coerción física (castigo, multa) o ideológica a través de la escuela, la iglesia, la familia, que no necesariamente obvian los métodos coercitivos.

Coerción no es forzarte a: o conminarte a: sino “acondicionarte” a partir de los medios masivos, o de la cartilla escolar o de la plana escrita: “educar” y para muchos “educastrar”.

Ahora bien, ese individuo o grupo social, tiene necesidades, como veíamos antes, pero también tiene habilidades para generar y/o transformar los bienes, y por una dinámica de causalidad aparecen las relaciones de producción con las que se obtienen y se reproducen esos bienes, y unas relaciones económicas para ver cómo se intercambian esos bienes. Toda esta evolución ocurre en el espacio, deviniendo en una estructura de relaciones geográficas y sociales interdependientes y estables, pero dentro de ciertos lapsos de tiempo.

¿Por qué con esa condición de temporalidad? Porque si bien es cierto se puede contar con unos modelos sociales básicos y primarios, la evolución de esas relaciones sociales puede ir desbordando los códigos y normas iniciales, con lo que la continuación y preservación de la especie, de la organización y de la ideología cultural de esa sociedad, al verse alterada, introduce ajustes en lo

espacial y en lo social. Tránsitos sociohistóricos como el paso, en un territorio, de una forma de sociedad feudal a otra capitalista (Sánchez, 1992: 19).

Los tránsitos sociohistóricos también van “refinando” las estructuras organizacionales de producción, de control y de planeación, toda vez que las sociedades necesitan mantener, por lo menos, una orientación hacia la previsión; momento en el cual se van consolidando las estructuras del poder, que tienen la misión de diseñar, plantear o pensar en una ruta, en un sistema, en una política. Se empoderan así unos “representantes”, unas estructuras, a través de procesos de elección, fundamentándose en un principio de racionalidad y participación, pero de ninguna manera instintiva, lo cual marca la diferencia con el resto de los animales.

ESTRUCTURAS POLÍTICAS Y FORMAS ESPACIALES

De las nociones y formas ideológicas culturales de las comunidades, nacen esquemas de organización jerárquica que definen los límites y los patrones de relación entre los conglomerados humanos y sus relaciones con el territorio. El poder es una forma de vínculo entre los individuos de una sociedad y una estructura empoderada por esa misma sociedad. El poder como imposición de normas y contratos sociales o como

capacidad de actuar propiamente dicho dentro de los marcos del derecho y la ley, se enfrenta a la dinámica propia de sociedades asimétricas por naturaleza, obligándose a establecer unas mínimas condiciones de relación dentro del contexto, imponiendo obediencia a quienes, por sí solos, no actuarían en concordancia con lo planteado al conjunto. Esto es que el poder es una relación coacción-sumisión, coacción-obediencia; sin que esa relación sea violenta necesariamente.

Me atrevo a declarar que no existe Estado sin territorio. En las sociedades prehistóricas, la apropiación del espacio obedecía exclusivamente a las necesidades de supervivencia y sostenimiento vital, transformándose el territorio de manera espontánea, si se quiere, en una simbiosis geofísica y/o geobiótica, pero de todas formas espontánea. Como dije antes, los utensilios, las herramientas y el desarrollo de técnicas procuraron la reproducción del trabajo, la ciencia, la economía y la misma estructura política que fue articulando los espacios dentro de la dinámica de la convivencia y el aprovechamiento comunitario de los diferentes recursos.

Aunque esta es una discusión que toca las diferentes escalas relacionales de la sociedad; la familia, la iglesia, por ejemplo, me conviene por ahora circunscribirme al campo del poder político, como estructura con repercusiones en grupos sociales territorialmente

diferenciados. El poder político se manifiesta en la división del territorio, su jerarquización, su compartimentación según características físicas y sociales particulares (regiones) y en la dotación de infraestructuras de conexión, servicios y flujos de recursos que articulen y cohesionen el territorio de acción del poder político.

Actuando directamente sobre el territorio, el poder político, que administra lo público, es finalmente un conjunto de instituciones que actúan para reproducir ese poder; en consecuencia, es su función intervenir sobre el territorio y sus contenidos a través de una superestructura que administre, racionalice y ejerza su dominio: El Estado.

Pero la sociedad se mueve en diferentes ámbitos por lo que, como sostiene Sánchez (1992: 28), “cada ámbito configura un campo de poder: el campo del poder político, el campo del poder económico, el campo del poder ideológico-cultural” llámese Estado, empresa, iglesia o justicia. Esto quiere decir que no solamente es el poder político quien detenta la facultad de maniobrar el territorio, sino que aquí también se manifiestan los intereses de ámbitos diversos de poder, pero que es el Estado, una superestructura que encarna la síntesis de la forma política del poder en cada nación dentro de su territorio, quien ejerce el poder real, soberano y jurídico

de “...imponer a sus asociados conductas o líneas de acción político social y la capacidad efectiva de hacer cumplir esas conductas”, según lo plantea Camargo (2003) al citar a Carlos Botero Borda.

Dije más arriba que el poder se constituye por ámbitos. Sin embargo, no podemos descontar que, si bien, puede hacerse tal diferenciación de ámbitos de poder, estos cohabitan y actúan de manera sincrónica, como un todo, ligados por claros intereses de concentrar un poder hegemónico en el que lo económico adquiere la mayor preponderancia, resultando conveniente sospechar que el movimiento del poder lo determinan las fuerzas económicas. Lo anterior en concordancia con la crítica al modelo capitalista planteado por Moncayo (1990).

Es así como la pretensión de aislar el poder político del poder económico resulta infructuoso por cuanto quienes detentan el poder económico, detentan simultáneamente el poder político, bien sea por si mismos o a través de los legisladores de turno impuestos por los dueños del poder económico.

TERRITORIO Y PODER

“La Geografía Política se interesa por la relación entre la organización política de la sociedad y el espacio geográfico a todos los niveles y escalas” (Sánchez, 1992:

19). La política es el conjunto de objetivos, estrategias y acciones que se aplican al espacio y a la sociedad para la consecución de determinados ideales de justicia, equidad, soberanía y paz.

La Geografía Política como disciplina para el análisis de las relaciones de poder en el espacio (Sánchez, 1992: 34) aborda este análisis desde lo escalar, diferenciando las magnitudes del poder. Y es que el poder actúa en escalas locales (barrio, comuna, municipio), estatales, supraestatales y hasta planetarias (Comunidad Económica Europea, Organización de Estados Americanos, Organización de las Naciones Unidas, OTAN, FMI), configurando espacios lógicos, aunque sujetos a estructuras políticas y, en algunos casos, a estructuras ideológicas diferentes (Estados Teocráticos).

Esto en concordancia con la idea de Hernández (1981) de abordar las modalidades del poder afirmando que: “Las modalidades de distribución del poder producen especiales instituciones, estructuras administrativas y sistemas operativos que, integrados en el marco socioeconómico de referencia, contribuyen a modelar formas diferenciadas de Estados”

El Estado, que es quien ejerce el poder a través de sus estructuras políticas e institucionales como quedó dicho más arriba, actúa sobre el territorio (en teoría) tanto para

compartimentarlo, como también para jerarquizarlo, con lo que conseguiría una mayor eficiencia en el ejercicio de su administración o de su utilización puesto que, reitero, el poder económico es el eje central de cualquier estructura política.

Si bien las estructuras políticas en general y en cualquier tiempo invocan criterios de equidad socio-territorial, eficacia productiva y superación de conflictos sociales y económicos para legitimar el sistema, insisto en la actuación de la empresa privada (llámense corporaciones) de manera transversal en estos propósitos del poder. Por otra parte, estos postulados se inscriben dentro de las formas sociales reconocidas y legales existiendo, por supuesto, estructuras de poder que determinan sus formas espaciales desde la subnormalidad, la ilegalidad, los guetos urbanos y el nomadismo, cuyo estudio y definición merecen un capítulo aparte.

En conclusión, hay una relación indisoluble entre política y espacio, y entre la economía y la geografía. Esa vinculación ha sido materia de estudio, en principio, por la geografía humanística y recientemente es el campo de acción de la geografía política.

La sumatoria de numerosos conflictos en la historia del país complejizan aún más la relación del poder y el

territorio. Desde hace 500 años, con la invasión y sustitución de gran parte de nuestra cultura milenaria, se plantea la posesión del territorio como forma de dominio en contravía a la cosmovisión de nuestros ancestros: *somos nosotros (ellos), las criaturas de la tierra, somos sus hijos. Es a ella (a la tierra) a quien pertenecemos y de ningún modo es ella nuestra propiedad (jefe Seattle 1855).*

Hoy persisten estos conflictos y se libran disputas aún más evolucionadas en torno a la posesión de la tierra y al desplazamiento forzado en la pugna por su ocupación y control. Los movimientos campesinos, los territorios sagrados de comunidades y asentamientos aborígenes (**nukak maku, u'was, kogis, embera katio, waunana, nasa, etc.**) y todas aquellas comunidades que sobreviven y reclaman sus territorios, esperan que el nuevo enfoque de la Geografía Moderna (Ordenamiento Territorial), evite las concepciones maniqueas de la modernidad, el desarrollo y el progreso, derivadas de una civilización globalizada, que da por descontada la existencia de sociedades aún “vírgenes”, conservadas en sus prístinas creencias y costumbres y amenazadas por el avance de la economía de mercado.

Esto evidencia, palmariamente, cómo la dinámica del poder sobre el espacio, en vez de generar “ordenación” territorial, empuja la desconfiguración espacial, subsumiendo al hombre, su actor protagónico, en una

masa de inmensa complejidad que se manifiesta en actores sobre un escenario de guerra y confrontación. Las guerrillas, el paramilitarismo, las “corporaciones políticas”, la delincuencia y el negocio del narcotráfico en Colombia, desdibujan su geografía; difuminan la capacidad del Estado para actuar sobre el territorio, diluyen al Estado en un piélago insondable de inoperancia, burocratización y corrupción, a merced de los poderes privados de la renta y el consumo. Alguien decía que este país tiene más territorio que sociedad, por eso no se sabe qué es más prioritario, si el Ordenamiento Territorial o el ordenamiento de nuestra propia sociedad.

No hay territorios, los espacios adquirieron la forma de sus detentadores según el tamaño de su poder de intimidación. Todos buscamos dónde ubicarnos hoy, sobre esta Colombia inmensamente rica e inmensamente desarticulada, gracias a las lógicas del poder mezquino, de la codicia y la algarabía de los medios de comunicación. Nuestro territorio se redujo a la posibilidad de movernos sólo en la imaginación.

Más allá del deseo de pertenecer a un lugar y a que el territorio sea nuestro, se cierne sobre nuestras conciencias el temor de estar parados en los límites de la posibilidad de existir. Y sin existencia para qué espacio.

Me dirán que estas son sólo opiniones de columna periodística, pero ¿es que no nos basta con el desamparo y la ignominia de la marginalidad callejera para entender que la ciencia y el método se quedan cortos cuando de demostrar que la evidencia ante nuestros sentidos es incuestionable?

El Estado no tiene la virtud de incidir en la totalidad de su territorio. El territorio está fragmentado y dividido para su conveniente administración, pero muchas veces, para la conveniente administración de castas, familias o dinastías que actúan en el territorio, donde el Estado (encarnación del poder soberano), ni asoma, ni da señas de existir.

BIBLIOGRAFÍA.

Camargo Cárdenas, David Orlando (2003), “Lógicas del poder y regulación de espacios”, Universidad Nacional de Colombia, Red Espacio y territorio, Unibiblos, Bogotá.

Hernández Becerra, Augusto (1981), “Estado y Territorio en la teoría general, en el derecho colombiano y en el derecho comparado”, UNAM, Biblioteca Jurídica Virtual, Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, <http://www.bibliojuridica.org/libros/libro.htm?/=676>
Maya Restrepo, Adriana (2003) “Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus

descendientes en la Nueva Granada Siglo XVII. Ministerio de Cultura de Colombia, Premio Nacional de Historia, Bogotá.

Méndez, Ricardo (1988) “El espacio de la geografía humana”, en: Rafael Puyol, José Estebanez y Ricardo Méndez, Geografía Humana, ediciones Cátedra, Madrid.
Moncayo, Víctor Manuel (1990) “Espacialidad y Estado: formas y reformas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Sánchez, Joan-Eugeni (1992: 19). “Geografía Política”, Editorial, Síntesis, Madrid.

Zambrano, Carlos (2001), “Territorios plurales, cambio sociopolítico y gobernabilidad cultural, en: Territorio y Cultura: Territorios de conflicto y cambio socio cultural. Grupo de investigación Territorialidades, Departamento de Antropología y Sociología, Universidad de Caldas, compiladora: Beatriz Nates, Manizales.

EL OBJETO DE LA GEOGRAFÍA MODERNA: UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL

“la civilización no suprime la barbarie, la perfecciona”. Voltaire

INTRODUCCIÓN

¿Cuál fue su origen, su remoto comienzo? Buena pregunta para quien, procurando trascender las explicaciones “reduccionistas” de la creación del cosmos, se adentra hoy en el estudio de la geografía.

Procurando una reflexión sobre el objeto de estudio de la geografía; sobre sus contenidos y sus fundamentos teóricos; sobre sus orígenes y evolución, sobre su método como ciencia social y humanística, se proponen aquí algunos postulados.

La Geografía moderna está llamada a formular rutas y linderos por donde debe moverse el pensamiento humano para alcanzar el bienestar y la perdurabilidad de la vida sobre el planeta y dentro de la inmensidad del universo.

Pensar en la geografía como ciencia de Estado o ciencia de Gobierno, es algo que me inquieta y, a su vez, me invita a cuestionar el poder con que cuenta el gobernante para realizar con éxito una gestión sobre su territorio y

sus componentes. Porque es del conocimiento profundo del espacio que gobierna y administra, de donde surge la posibilidad de alcanzar los niveles de gobernabilidad que toda sociedad se merece.

Todavía se percibe en nuestro interlocutor un semblante de incertidumbre cuando le respondemos a su inquietud de lo que buscamos estudiando geografía. Parece que lo encuentran inútil e inoficioso, argumentando, en el mejor de los casos, que los sistemas de información geográfica están a la orden del día y proporcionan de manera veloz y precisa la localización de un determinado lugar con sus coordenadas y características morfológicas. Parecieran no comprender los alcances y los contenidos que la geografía moderna ha logrado abarcar y su importancia como disciplina científica humanística, llamada a formular y responder a problemas de carácter relacional entre lo social y lo espacial.

Ante el problema planteado, el cometido del presente ensayo es el de aportar elementos de análisis sobre las confusiones, de doctos y legos, respecto del pensamiento geográfico.

ALGO MÁS QUE LA DESCRIPCIÓN DE LA
EPIDERMIS

El viaje, la exploración, la aventura, la curiosidad, el escepticismo, la imaginación; esa sumatoria de actitudes y capacidades del hombre hacen nacer la concepción primitiva de lo geográfico. Ya los primeros homínidos trazaban las rutas de su presa, la ubicaban dentro del “mapa” alinderando su territorio; la perseguían y la cercaban en un accionar estratégico que implicaba la identificación de los valles, de los abismos, de los cañones, de la densidad de la floresta, de las rutas del venado, del mamut, del mastodonte. Esa simbiosis entre la necesidad urgente de sobrevivir y la necesidad urgente de conocer, iba mucho más allá de la simple dirección o de la simple ubicación en el espacio. El espacio es el contenedor, es la dimensión que con el tiempo permite la concepción del ser y del existir.

Lo geográfico avisa de la vida y nos confirma el curso de los tiempos. El paisaje, la flora, la fauna, las manifestaciones climáticas, el hombre trazando los surcos, desviando el curso de un río, construyendo un asentamiento para su clan, estableciendo fronteras, ejerciendo control sobre los espacios de los que se ha apropiado., Comienza a hacer geografía, a interpretar las dinámicas y los elementos que estructuran unos espacios que usufructúa y habita. Unos espacios que le dan soporte y le permiten reproducirse y reproducir sus ideologías.

Y si la historia es apenas el conteo de unos cuantos momentos infinitos en el tiempo: la evolución de la ideología del espacio apenas ha tomado unos cuantos segundos cósmicos.

Muchos autores en sus textos geográficos parten de la definición de geografía como la descripción de la superficie de la tierra (*Geo*, tierra; *graphos*, descripción) y nos relatan que la geografía comenzó con Eratóstenes en Alejandría hace más de dos mil años y con la medición del perímetro de la tierra, asombrosamente similar a lo comprobado hoy cuando las tecnologías nos permiten alcanzar lo increíble en la estratosfera. Nos citan también a Estrabón, situado algunos años después, en los albores de la historia de la geografía, y a Anaximandro de Mileto, anterior a Eratóstenes, preocupándose por el orden de la naturaleza y sentenciando que: “*detrás de todo aparente orden hay un profundo desorden...*” casi como coincidiendo con los tiempos que padecemos.

La geografía existe por sí misma, aunque no es “nada” para los prehistóricos. Las reflexiones sobre la existencia y la esencia de los objetos y los fenómenos resultan ser parte de la reflexión teórica. Luego la filosofía, ligada a la metafísica, procura explicar la existencia de la vida y del escenario en donde ocurren los hechos, pero a partir de una cosmovisión supra natural, ligada a explicaciones de tipo mágico o religioso.

Esta búsqueda del inicio de la ciencia geográfica resulta ser, a mi modo de ver, un esfuerzo inútil si se tiene en cuenta que las ciencias se fueron desarrollando a partir de lo que se identificaba como objeto en la superficie de la tierra. La ciencia natural fue, hasta hace muy poco, la reina de las ciencias y a la geografía le encontraron allí su mejor ubicación. Se trataba de encontrar y ubicar los objetos, de medir las distancias, de describir los lugares y sus habitantes, de inventariar los recursos, de trazar los linderos para el ejercicio del control o del poder. Todo aquello era geográfico sin duda. Las matemáticas aparecen echando mano igualmente de los elementos de la naturaleza y lo primero que es objeto de cuantificación tiene una relación directa con algún componente del espacio. El clima, las estaciones, la duración del día, la caída de los cuerpos, en fin, el sinnúmero de eventos objeto de estudio de los matemáticos y los geómetras en los primeros momentos de la ciencia formal, todos ligados incuestionablemente a la dimensión espacial.

¿Cuál perspectiva geográfica?: una visión holística del mundo, percepción del mundo y sus componentes bióticos, abióticos y antrópicos, funcionando como un sistema. He aquí los desarrollos posteriores de la geografía que parecieran darle forma y especificidad de contenidos a esta ciencia con Humboldt, Ritter y Hettner al comenzar el siglo XIX.

En Gould (2007), se nos recuerda que la geografía es mucho más que la simple descripción del lugar. Que pensar en geografía es adentrarnos en la paciente y provechosa reflexión filosófica donde el todo, el sistema, la estructura, los flujos y las emociones humanas se encuentran en una simbiosis perfecta para concebir la existencia del hombre dentro del espacio continente que es la naturaleza misma. Y agrega:

“La complejidad de la vida humana en el espacio y el tiempo se ve únicamente distorsionada por la demasiada rígida insistencia en una división entre humanidades y ciencias, una visión que oculta el simple hecho de que la ciencia siempre es una empresa humana” (Gould, 2007).

Los acontecimientos, más que los simples objetos, en una dimensión espaciotemporal, ocurren ante nuestros ojos y no podemos ser testigos mudos. Por su curiosidad, por sus exploraciones, por su escepticismo o por el ejercicio cognitivo de sí mismo, el hombre ha ido refinando procedimientos y métodos para la investigación e interpretación de sus vecindades y más aún del cosmos.

CONCIENCIA ESPACIAL O TEORÍA SISTÉMICA

De la agrupación de conocimientos científicos organizados entre sí sistemáticamente ha surgido la

ciencia. Se han revisado los paradigmas en que se fundamenta una teoría, producto de la actividad metódica de la búsqueda del conocimiento y se han forzado las crisis para replantear nuevos paradigmas en dónde fundar nuevas teorías; todo ello en una dinámica ascendente de revoluciones y contrarrevoluciones que refinan el saber y el quehacer científico. De acuerdo con Kuhn (1976), un paradigma es una forma nueva y aceptada de resolver un problema en la ciencia, que luego sirve de modelo para la investigación y la formulación de una nueva teoría.

La geografía va tomando forma, si se quiere, a partir de la búsqueda del conocimiento científico universal, antes que como actividad destinada al propósito de encontrar la geografía misma como ciencia. No fue el objeto central de los científicos hacer geografía, sino observar, describir y explicar el mundo a partir de sus elementos estructurantes. Así se plantea el surgimiento espontáneo de una disciplina que vinculaba el todo con el espacio. Lo que siguió fue la evolución lógica de la teoría y el método del conocimiento cuyo estudio y explicación se consigue con la epistemología.

Por lo pronto fueron las ciencias naturales, la física, la química y las matemáticas las que involucraron conceptos y visiones espaciales a sus representaciones

como algoritmos¹ para la complementación de la explicación de la ciencia normal.

La conciencia espacial se refiere a la comprensión y aceptación de una realidad en la que confluye la complejidad de unos componentes diversos. El geógrafo debe ver el mundo como algo complejo. No solo como un cuerpo con una determinada morfología donde no hay relaciones, sino como el espacio donde el lugar, el tiempo, el hombre y los acontecimientos están mezclados y funcionan sistémicamente.

El pensamiento geográfico antiguo era naturalista y metafísico: Dios como el hacedor del universo, de la vida y de los objetos; más tarde el pensamiento geográfico incluyó otras visiones y principios de las ciencias naturales hasta la concepción de las interacciones sociales como ejes determinantes del funcionamiento de los sistemas espaciales. Esto es que accedió a la aprehensión del espacio como dimensión existencial y afinó su conciencia sobre el mismo, preguntándose para qué y por qué el espacio era el continente de las cosas vivas e inertes.

Así, concebir el espacio presupone reconocer sus componentes, esto es que tener conciencia del espacio es

¹ al-Huwarizmi, matemático y geógrafo árabe del siglo IX.

percibir la existencia del elemento que ocupa ese espacio. Sin el uno no existe el otro. El espacio es una entidad inanimada que se concreta y existe a partir de sus contenidos. Y aún más, a partir de las relaciones de esos contenidos (Santos, 2000).

A. de Humboldt y K. Ritter encontraron unidad en la diversidad geográfica, pero sin apartarse completamente de la idea teológica, sin embargo, iniciaron la transición entre un pensamiento místico, religioso y premoderno a un pensamiento geográfico científico moderno (Peet, 1998).

No concibo un pensamiento geográfico sin la visión sistémica planteada por Haeckel en 1867, cuando se habló por primera vez de ecosistema (citado por Vega 2001: 28); ni concibo un pensamiento geográfico sin la visión de la Teoría General de Sistemas formulada por Bertalanffy hacia 1950 (citado por Flores y Thomas 1993); que consiste fundamentalmente en explicar la forma en que los elementos, que interactúan en el contexto espacio-temporal, se articulan en estructuras funcionales guardando una dinámica sinérgica para alcanzar o constituir un todo. Y esto no contradice el enfoque holístico de la geografía como se ha planteado antes, sino que reafirma y confirma la conveniencia del uso de la teoría general de sistemas en el estudio de la geografía.

Se habla del positivismo en oposición a la teoría de sistemas debido a que los positivistas estudian las ciencias a partir de elementos aislados. El objeto es considerado como una unidad aislada con su propia naturaleza y esencia que define su existencia. Este método de investigación podría dificultar la concepción geográfica como una síntesis espacial si se tiene en cuenta que, como ciencia humana o ciencia social, la geografía va más allá de la simple descripción del objeto y ahonda en la repercusión de la presencia del objeto en la condición humana y viceversa.

LA CONFUSIÓN O UNA SOLA GEOGRAFÍA

La geografía se ocupa del estudio de las variaciones espaciales en el tiempo. Le concierne estudiar los cambios experimentados por todos los fenómenos, por lo que la geografía implica un enfoque genético e histórico (Rusínque, 2001). Pero siendo historicista no se queda en la simple comprensión del lugar, avanza a una explicación y proyección de esos lugares (planeación y ordenamiento territorial). Siendo genética, trasciende la explicación del origen de las formas, los relieves y las composiciones físicas, describiendo y cuantificándolas como recursos para el desarrollo humano.

La astronomía, la cartografía, las ciencias básicas, la filosofía, la antropología, la sociología y en general la

suma de todas las ramas del saber guardan un estrecho vínculo con lo geográfico. Es así como la descripción de la tierra se convierte en un trabajo mucho más complejo y elaborado, por cuanto el orden y el desorden, como confrontación de los contrarios, mantienen una eterna pugna en el devenir histórico de la humanidad. Según Alfred Hettner el geógrafo alemán de principios del siglo XIX:

“Únicamente cuando concebamos los fenómenos como propiedades de los espacios terrestres, estaremos haciendo geografía, la geografía por tanto no podía ser una ciencia natural ni una ciencia social sino ambas, ya que la naturaleza y el hombre forman parte inseparable de la caracterización de las regiones” (Hettner, 1987).

Todas estas vertientes del saber han confundido a quienes pugnan por bautizar una ciencia. La geografía física, la geografía humana, la política, la económica, la de género, la radical y un largo etcétera, no son más que enfoques y perspectivas o intentos por definirle alcances y aplicaciones a la ciencia geográfica.

¿Es ciencia social, ciencia humana o ciencia física? A partir de estas cuestiones la geografía ha tomado posturas según quienes la habrían practicado. Si fueron alemanes, franceses o españoles, la geografía fue una herramienta más para la consecución de propósitos sociales, estatales

y hasta científicos. “*La Geografía de las Plantas*” de Humboldt, comentado por Pérez Arbeláez (1959: 166), puede ser una buena muestra de cómo la reina de las ciencias, las ciencias naturales, se valió de la geografía para sus fines científicos.

Ahora, no podemos admitir que “Los geógrafos se han considerado, si no consortes reales de la reina de las ciencias, por lo menos como uno de sus cortesanos prominentes”, citando a Derek Gregory (1984: 57) al referirse a las épocas victorianas en que la geografía era la herramienta por excelencia en la expansión de los imperios. Esto podría ser cierto hoy si no rompemos con la camisa de fuerza en que se ha constituido para los geógrafos la economía política y los intereses rentistas que condicionan los fines de la investigación científica.

Debemos pues romper con los estereotipos que se han hecho de la geografía. Es física, y no es solamente física, es humana y no solamente humana, es regional y debe abarcar contextos locales y supraestatales. Es todo lo que se ha dicho, pero es, por antonomasia, la ciencia de los Estados. Suma del conocimiento del espacio de quien gobierna para promover la convivencia, la justicia y el bienestar de las naciones, de las regiones, de las unidades territoriales donde se ejerce un poder y un control social.

No quiero decir con esto que el geógrafo es ese científico superdotado, signado por la aureola de la sabiduría. Pero si habremos de coincidir en que la ciencia geográfica se ha construido a partir de las muchas otras ciencias desarrolladas en otras disciplinas, de ahí su carácter holístico, reconocido por no pocos científicos.

CONCLUSIÓN

A manera de conclusión a esta corta reflexión sobre los componentes del espacio y como mero iniciado en la ciencia geográfica, he de plantear que el estudio de los objetos, las formas y las relaciones del hombre con el territorio que habita, llámese, paisaje, región, ecosistema o ambiente, determinan el devenir histórico de la vida.

Que la confusión del método y el objeto de la geografía no debe ser la discusión de los científicos, sino que han de comprender que la humanidad reclama esfuerzos mancomunados para la consecución de niveles de vida sostenibles y reproducibles en el tiempo.

Esas posturas ideológicas fuerzan la organización de los Estados (Población-territorio-Poder), en donde han de desarrollarse las prácticas y los estudios geográficos con fines específicos de sostenibilidad, progreso y “equilibrio” entre sus componentes.

La organización social ocurre en el espacio y allí se jerarquizan las clases o se dividen los trabajos: unos gobiernan y otros aportan al Estado mediante la transformación de los recursos de su territorio. Allí el geógrafo debe tomar distancia para observar el territorio que estudia y experimenta, el que ha de ser el objeto de su ordenación o planeación, el espacio que es el sustrato o matriz cósmica de la vida misma. Así que es un compromiso ético y moral actuar sobre él para modelarlo democráticamente y con visión de sustentabilidad, de perdurabilidad y sana convivencia.

Esto es romántico si se tiene en cuenta que la vida del hombre sobre la tierra siempre estará cruzada por la codicia, la acumulación o la reproducción de sus necesidades; que estas vocaciones lo hacen competidor y ejecutor de acciones hegemónicas y dominantes, y que, por desgracia o fortuna, los geógrafos nunca serán quienes detenten el poder, porque quien detenta el poder económico es quien detenta el poder político, ya por cuenta propia o mediante el uso de “teloneros”.

La historia de este sur-continente está llena de sorpresas que aún hoy no terminan de asombrarnos: la pobreza, la marginalidad, el deterioro ambiental, las prácticas rentistas del suelo y el subsuelo, las fronteras desdibujadas por la presión de las desigualdades y los límites territoriales caprichosamente establecidos por

razones políticas o económicas siguen siendo el escenario de procesos de desarrollo caóticos, ineficientes y amarrados a los intereses transversos de la renta y la usura.

En este “orden” espacial, hablar de ordenamiento territorial es prácticamente un mandato del sentido común. La soberanía, los recursos, los patrimonios culturales, de fauna y flora, todos ellos metidos en el mismo carrusel de la modernidad, han de ser estudiados, caracterizados, identificados y valorados en su justa dimensión, a través de la síntesis espacial biofísica y de la teoría general de sistemas, línea de partida para el análisis diagnóstico y la puesta en marcha de planes y programas de desarrollo sustentable, formulados y aplicados por gobernantes y estadistas que entiendan el verdadero significado del Servicio público, de la Gestión pública y de la Conciencia Espacial.

Hoy por hoy el reto de la humanidad es detener el deterioro progresivo de los recursos, romper con el ciclo irracional del consumo evitando la caída hacia el más profundo de los infiernos: cual es el de creer que la tierra puede ser reciclada o reconstruida o refaccionada con los artificios de la tecnocracia.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

GREGORY, D. (1984). Ideología, ciencia y geografía humana, Oikos-Tau S.A. Eds., Barcelona.

HARVEY, D. (1983). Teorías, leyes y modelos en geografía, Alianza, Madrid.

KUHN, TH. (1976). La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económico, Madrid.

ORTEGA VALCARCEL, J. (2000). Los horizontes de la geografía, Editorial Ariel S.A., Barcelona.

PEET, R. (1998). Modern Geographical Thought. Blackwell Publishers, London.

PÉREZ ARBELAEZ, E. (1959). Alejandro de Humboldt en Colombia, Ecopetrol, Editorial Iqueima, Bogotá.

SANTOS, M. (2000). La Naturaleza del Espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción, Ariel Editorial, Barcelona.

VEGA MORA, L. (2001). Gestión Ambiental Sistémica: un nuevo enfoque funcional y organizacional para el fortalecimiento de la gestión ambiental pública, empresarial y ciudadana en el ámbito estatal. Leonel Vega M. Editor, Bogotá.

ARTÍCULOS DE REVISTAS

BARTELS, D., (1985). ¿El espacio, concepto integrador de la geografía? En: *Lecturas en Geografía III: Traducciones*. Universidad Nacional de Colombia, 2002, Bogotá, (A. Flórez, Trad.): 45-51.

DI MEO, G., (1991). El análisis de sistemas en Geografía. En: *lecturas en Geografía II: traducciones*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001 (Jiménez, L., Trad.):101-116.

FLÓREZ, A., & J. E. THOMAS, (1993). La Teoría General de Sistemas. Cuadernos de Geografía, IV: 1-2: 111-137. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

RUSINQUE, H., et all (2001), El Papel de Humboldt en el Origen y Desarrollo de la Geografía Moderna. En: *SEMESTRE GEOGRÁFICO*, Revista de la Asociación Colombiana de Geógrafos ACOGE, Volumen 1 – N° 2 — Bogotá, D.C. – Colombia.

DOCUMENTOS EN LÍNEA

GOULD, P. (2007). El espacio, el tiempo y el ser humano. Pensar como geógrafo. Recuperado el 09/05/2017 de:
<https://es.scribd.com/document/12591637/El-Espacio-El-Tiempo-y-El-Ser-Humano-Peter-Gould>

HETTNER, A. (1987). La naturaleza y los cometidos de la geografía Recuperado 09 de mayo de 2017 de: (geocrítica 70)

<http://ocw.unican.es/humanidades/teoria-y-metodos-de-la-geografia.-evolucion-del/material-de-clase-1/archivos-modulo-6/Alfred-Hettner-La-naturaleza-y-los-cometidos-de-la>

CAMBIO CLIMÁTICO: SE AGOTA EL TIEMPO PARA REPARAR

*“... en la confusión de los elementos, cuando el aire, el fuego, las aguas
y la tierra eran todo un común hervor, surgió del légamo el
ligam legatario..., dando cauce al río y engendrando la
ciudad...”*

J. Zalamea

INTRODUCCIÓN

Se abordan, de manera sucinta, las circunstancias actuales que, como fantasmas, recorren el mundo empujando el cambio climático.

Cada una de estas realidades son materia de reflexión y confrontación para concluir que más que una dinámica natural de transformaciones biogeográficas, la vertiginosa caída hacia el desastre ecológico que hoy presenciamos, corresponde, realmente, al uso y al abuso de los recursos vitales; en una progresiva y vertiginosa ruta fomentada e implementada a través de los medios de comunicación masiva: herramienta de poder, instrumento de persuasión, mito burgués o cultura del consumismo.

La globalización; desde la imperiosa necesidad del desarrollo sustentable y desde la amenaza que se cierne sobre la humanidad: el cambio climático, es otro pretexto

por uniformizar universalmente un sistema de libre mercado que nos ha empujado al abismo del holocausto y el apocalipsis. Esa es la gran contradicción de la retórica del desarrollo y el crecimiento desmedido.

A MANERA DE RECORDATORIO

Son ocho los planetas que conforman el sistema solar; sistema en el que la tierra pareciera ser el único planeta habitado y vital. Variadas hipótesis y teorías han pretendido confirmar la existencia de vida en los otros siete planetas y en otros que nos anuncian con la pretensión codiciosa de que, probablemente, hasta esas dimensiones cuyas distancias se miden en segundos cósmicos, se extenderá y reproducirá el territorio para usufructo de la humanidad.

Pero curiosamente, el hombre ya cuenta con vehículos tripulados y no tripulados que le permiten acercarse cada vez más a los espacios remotos e infinitos de nuestros vecinos planetarios y estelares.

Los sensores remotos, las sondas espaciales, las plataformas satelitales y demás programas computacionales que afanosamente las potencias tecnológicas refinan para ganar o conquistar el resto del universo, están a la orden del día. Se promocionan paseos turísticos por la luna, marte y caminatas espaciales,

incorporando “nuevas exploraciones y conquistas territoriales” con propósitos especulativos, de intercambio y comercialización.

Es como si no nos bastara haber empujado al sistema tierra a un estado de deterioro irreversible en el que estamos poniendo en riesgo nuestra propia existencia, sino que intentamos exportar, más allá de nuestras fronteras planetarias, el afán de lucro y la codicia.

El universo, como resultado o consecuencia de la “gran explosión”, teoría que tomó fuerza dentro de la comunidad científica hacia 1948 cuando George Gamow, científico ruso-americano, la validó, es un intento por atender la urgente necesidad de explicarnos el mundo desde la ética, el respeto y la previsión.

En la figura No.1, se puede observar una imagen satelital de La Tierra, la cuasi-esfera terrestre o geoide. Para su estudio se han ideado líneas imaginarias que cruzan por los polos formando semicírculos máximos llamados meridianos (coordenadas X), y líneas paralelas a la línea ecuatorial (coordenadas Y) o perpendiculares a los meridianos que toman el nombre de latitud norte y latitud sur según se encuentren por encima o por debajo de la línea ecuatorial. Esta malla o marco de referencia nos permite la ubicación de fenómenos sobre la tierra. La recepción en tierra de las ondas electromagnéticas

emitidas por el sol, son mayores en la zona ecuatorial, esto es entre los cero y 20° de latitud sur y entre los cero y 20° de latitud norte. A esta franja se le denomina zona intertropical o zona ecuatorial o zona tórrida.



Figura No.1 La Tierra desde un satélite. Uso libre.

Entre los 20° y los 40° , tanto de latitud norte como de latitud sur, tenemos las zonas tropicales. Y entre los 40° y los 60° tenemos las zonas templadas caracterizadas

principalmente por presentar cuatro estaciones climáticas durante el año: invierno, primavera, verano y otoño.

Finalmente, la zona polar se localiza entre los 60 y 90°, tanto en la latitud norte como la latitud sur, que corresponden al polo norte y al polo sur respectivamente.

La tierra ha sido explorada, medida y cartografiada desde tiempos remotos, y hoy nos resulta fácilmente comprensible la razón y el motivo por los cuales el hombre ha puesto tanto empeño en su apropiación y en ejercer su poder sobre ella.

Júpiter, Marte, y el resto de los vecinos planetarios “próximos” (sólo a unos cuantos millones de kilómetros de distancia), reciben toda nuestra atención a través de potentes telescopios, sondas, radares, plataformas espaciales y centros de monitoreo ubicados en el espacio abierto. El objetivo, procurar su conquista y descargar allí también la bandera y la insignia de la “civilización” y del progreso; del encumbramiento del deseo humano de correr los límites y los linderos de sus dominios hacia espacios infinitos.

La humanidad se ha desarrollado de manera asombrosa, con lo cual ha logrado acumular en todos los órdenes.

Acumular conocimientos, acumular territorios, riquezas, propiedades, papel moneda; la humanidad ha encontrado las formas de producir y reproducir la “felicidad”. Tristemente la humanidad no ha podido desarrollar un sistema de distribución de lo acumulado. Muy por el contrario, para alcanzar estos niveles de desarrollo, de reproducción de bienes útiles e inútiles, suntuosos, superfluos, diferenciados por nimiedades como la forma del jabón, el olor, el color y qué sé yo cuántos otros atributos triviales, ha formulado las teorías de la competencia, de la competitividad, de la eficiencia, de la eficacia, de la utilidad y el rendimiento, de la producción en serie, del consumismo, de la masificación, de la tasa interna de retorno, etc., etc., etc., en la más vertiginosa caída hacia la vacuidad y en lo cual se fundamenta la condición de competir antes que de distribuir, y una particular manera de utilizar lo acumulado en la reproducción de esa misma acumulación.

EL USO Y EL ABUSO DE LOS RECURSOS NATURALES

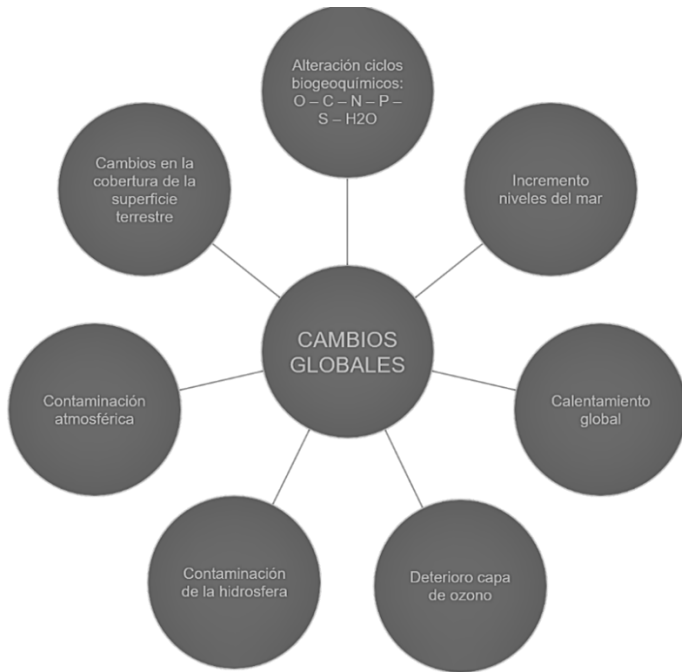


Figura No.2. Acciones antrópicas y Cambios globales. Elab. propia.

Los cambios globales medioambientales podrían explicarse a la luz de la teoría evolucionista, según la cual la vida evoluciona en una permanente transformación de estados y formas, acumulando experiencias y refinando procesos; en principio esto podría ser el argumento para no mortificarnos pensando en ¿Hacia dónde va la vida sobre la tierra y el universo si todo corresponde a una dinámica natural? Suponiendo que, en el quehacer

cotidiano del hombre, no está implícito un sentimiento autodestructivo que justifica a los nihilistas.

“El desarrollo económico y social actual ha producido problemas asociados a la contaminación del aire en varias escalas: local, especialmente en las áreas urbanas y corredores industriales; regional; y global, afectando al planeta como un todo.... Estos efectos pueden tener repercusiones económicas y sociales, agregando costos a la atención médica y a la restauración de las construcciones, disminuyendo la producción agrícola, afectando los bosques, la vida silvestre y, en general, deprimiendo la calidad de vida (IDEAM, 2002: 45)”

Veamos en la figura No.3, lo que hoy estudiamos como efecto invernadero y calentamiento global, para tratar de explicarnos cómo detener el proceso de emisión de gases que provocan este fenómeno y que confrontan desarrollo económico sustentable y caos medioambiental como final apocalíptico de la humanidad.

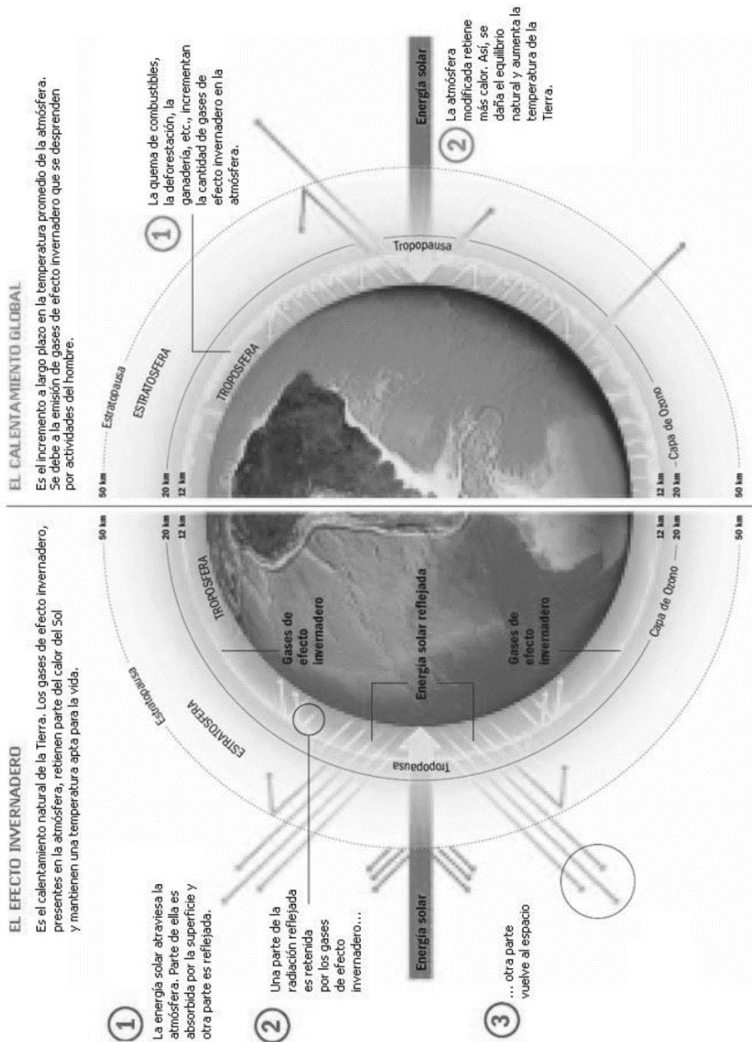


Figura No.3. Esquema explicativo del calentamiento global y el efecto invernadero. Tomado de <http://www.terram.cl>

“El clima está enloquecido”, dicen en la calle. Los parisinos aprovechan las fuentes públicas para mitigar sus sofocos cotidianos en ataques de desespero “impúdico”. No es que el calentamiento global sea un problema ambiental como sí un riesgo para la paz y la seguridad global. No es que esto corresponda a una manifestación espontánea o natural del clima y la evolución de la existencia, sino que corresponde al uso y al abuso de los espacios que habitamos, que usufructuamos, que transformamos con el afán de lucro y beneficio desmedido y acumulativo.

Pero esta es una verdad a medias: recientemente le fue otorgado un premio de la academia Norteamérica de cine al documental “Una verdad incómoda” (2005) de Davis Guggenheim, interesante documento de reflexión, exploración y descripción del fenómeno conocido como cambio climático.

Yo diría que más que verdades incómodas, son verdades a medias, verdades incompletas, flagrantes verdades, verdades expuestas mientras se oculta a los responsables. ¿Somos nosotros los responsables? ¿Somos los ciudadanos de a pie, los millones y millones de habitantes del planeta, los responsables de la acometida de los medios de comunicación procurando vendernos algo, algo banal, algo insustancial, algo inútil? Somos las víctimas y no los victimarios del medio ambiente global

agredido y maltratado por la “civilización”; y el documental, aunque es abundante en razones, es flaco en sindicaciones y lo que el hombre no arregla en la naturaleza, ella misma se encarga de arreglarlo a su manera, mientras arden las banderas de barras y estrellas por los telenoticieros.

Veamos por qué lo digo. La organización de las Naciones Unidas (ONU), en 1988 pone oídos al cambio climático reportado por los científicos desde 1948 y convoca a la primera Conferencia multilateral, en Toronto Canadá, para tratar el tema del calentamiento global. A continuación, enumero muy someramente el desarrollo cronológico de las intenciones globales por atender el fenómeno, donde se puede apreciar el lánguido protagonismo de los países industrializados, quienes no han brillado en estos temas como si en la promoción de la industria del entretenimiento y la comunicación de masas para rellenar a la humanidad del más brutal e irracional consumismo.

Sobra decir que de la revisión de estas fechas (70 años) que parecieran hitos de un proceso comprometido y responsable de unos 200 países entre desarrollados, en desarrollo y empobrecidos (palabras eufemísticas), han sido reuniones, convenciones, conferencias que solamente plantean buenas intenciones y poses para la foto de una burocracia mundial que ha realizado tímidos

e inútiles esfuerzos en la concreción y vinculación del crecimiento y su concomitancia con el deterioro medioambiental global.

1988. Se celebró la **Conferencia de Toronto sobre Cambios en la atmósfera**. Fue la primera reunión de alto nivel donde científicos y políticos discutieron las medidas que se debían tomar para combatir el cambio climático. Los países industrializados se comprometieron a reducir las emisiones de CO₂ en un 20% para el 2005. Esto se conoció en su momento como el “Objetivo Toronto”.

1990. Se desarrolló en Ginebra (Suiza) la **Segunda Conferencia Mundial sobre el Clima**. Se impulsa radicalmente la necesidad de tomar medidas sobre las variaciones del clima y se gesta la **Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático**.

1992. Se firma la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático en Nueva York. Las negociaciones de la Convención finalizaron con el compromiso de los países industrializados de reducir sus emisiones de CO₂, a los niveles de 1990 para el año 2000. ¡Los compromisos no fueron vinculantes!

1992. En Río de Janeiro entra en vigor la Convención Marco y se abre la oportunidad para que los países se adhirieran a ella. Hoy lo han hecho unos 189 países.

1996. Segunda Reunión de la Convención Marco. Estados Unidos anunció que quería que los compromisos de este protocolo fueran vinculantes.

1997. Los ministros del Medio Ambiente de la Unión Europea, acuerdan un objetivo de la emisión de gases de efecto invernadero del 15% para el año 2010 y con miras a las negociaciones de Kioto. La propuesta europea generó una gran actividad diplomática y fue atacada duramente por EE. UU. y Japón.

1997. En Japón, las negociaciones del Protocolo de Kioto concluyen con la adopción de un compromiso legalmente vinculante de reducción para todos los países industrializados. Se estableció el compromiso de lograr una reducción del 5.2% para el año 2010 sobre los niveles de 1990. Este protocolo fue firmado por 160 países.

2001. En Marrakech, Marruecos, se celebra la séptima Convención Marco en la que se llega a un texto legal donde se recogen los compromisos de cada uno de los países y se estructuran muchos de los mecanismos del Protocolo de Kioto.

2002. En India se realiza la octava Convención Marco y se avanza sobre aspectos relativos a los Mecanismos de Desarrollo Limpio.

2005. El 16 de febrero entra en vigor el Protocolo de Kioto. No es firmado por los Estados Unidos. El objetivo es conseguir reducir un 5.2% las emisiones de gases de efecto invernadero sobre los niveles de 1990 para el periodo 2008-2012.

2006. Se realiza en Nairobi la duodécima Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático. Se concluye que los países industrializados que hacen parte de ella (responsables del 75% de la contaminación), aumentaron las emisiones antes que disminuirlas como estaba pactado. Se acordó que en dos años se revisará el Protocolo de Kioto, donde pueden salir nuevos compromisos para bajar las emisiones.

Son, hasta hoy por lo menos 25 Cumbres en diferentes partes del mundo donde se acuerda que el objetivo final debería ser estabilizar las concentraciones de gases de efecto invernadero.

La última Cumbre Climática COP25-Chile/Madrid, demostró, el pasado 15 de noviembre de 2019, un fracaso rotundo. No solo no se pudo hacer en Chile por las manifestaciones políticas de la sociedad en crisis, sino

que se les dio sopa y seco a los “líderes del mundo”, cuando los hijos les recordaron a sus padres que no pueden hacerlos responsables por lo que están dejando de hacer para preservar el futuro de la humanidad, y de la urgencia y el deber de actuar hoy.

CONCLUSIÓN

Han pasado más de 50 años desde las primeras alertas provenientes del Club de Roma (1968).

Los informes subsiguientes, en relación con los límites del crecimiento, el desarrollo y el progreso, y su concomitancia con el deterioro medioambiental y el subdesarrollo siguen siendo ignorados por los gobiernos del mundo. El interés de los gobiernos, representantes de los carteles, corporaciones, holdings y banqueros es otro.

El trabajo de científicos y políticos de todo el mundo concluía en la necesidad de emprender acciones tendientes a concientizar al mundo de los graves riesgos que se avecinaban para la humanidad. Los informes periódicos de los científicos del Club de Roma comenzaron a ventilarse en la ONU y en múltiples escenarios, pero el afán paquidérmico de algunos Estados desviaba la atención hacia las implicaciones

económicas que ciertas medidas pudieran afectar sus economías.

El informe Bruntland de 1987 reitera la concomitancia entre desarrollo y medio ambiente, proponiendo un modelo de desarrollo sustentable (o sostenible), sin embargo, todo parece indicar que los compromisos son incumplibles, que no hay voluntad de parte de quienes detentan el poder económico en los estados, y mucho menos de quienes tienen bajo su responsabilidad la gestión pública, ya que estos son apenas los teloneros o testaferros de los dueños del poder económico.

El cambio climático involucra en su análisis y reflexión aspectos políticos, culturales y económicos en consonancia con el ambiente y sus elementos estructurantes: la biosfera, la litosfera, la hidrosfera, la atmósfera. El medio ambiente es ese caldo hirviendo donde se cuecen todos los elementos. Es ese magma cósmico al que tenemos que respetar, cuidar y proteger. Es esa dinámica de fuerzas encontradas que determinan el devenir histórico de la humanidad, es esa ecuación cuyas relaciones y correlaciones guardan un asombroso equilibrio que estamos alterando con nuestra concepción de vida.

La civilización hoy se esfuerza más en deslumbrar que en alumbrar. Todo es tan transitorio, tan fugaz, tan

temporal; la temporalidad y la obsolescencia de las cosas no son aplicables a la naturaleza. Decía algún sabio en su ermita: “Regresa a la tierra, Ven a la tierra, los dioses ya no crearán más tierra para ti”. Una lapidaria sentencia para un inexorable final del que la civilización ni está tan cerca ni está tan lejos.

BIBLIOGRAFÍA

FABIAN CISNEROS, EVA y ESCOBAR MUÑOZ, ALICIA, 1999, Geografía General, 2ª. Ed., Mc. Graw Hill, México.

TUDELA, FERNANDO, 2003, Globalización; Desarrollo Sustentable y Cambio Climático en América Latina y el Caribe

IDEAM, 2002, “El Medio Ambiente en Colombia”, Ministerio del Medio Ambiente de Colombia, Bogotá.

DIARIO EL TIEMPO, Domingo 21 de enero de 2007, pág. 3-1, Bogotá.

DIARIO EL TIEMPO, 1993, Atlas Universal Mundo de Hoy, Bogotá.

UNA VERDAD INCOMODA, película documental Columbia Pictures, (Guión: Al Gore; Dirección: Davis Gughenheim) USA, 2005.



Casa florida, Roncesvalles, Tolima, 1988

CRECIMIENTO CERO: AL RESCATE DE LA CARTA DE MANSHOLT

INTRODUCCIÓN

Crecimiento cero es una inquietante sentencia que debería recordarnos cómo idear y modelar nuestras acciones sobre el espacio; cómo modular el flujo de relaciones e interacciones humanas en el espacio y entre los próximos prójimos. El crecimiento cero debería desmitificarse como negación utópica o distopia, y ser objeto inmediato de nuestra reflexión filosófica y sociológica.

Seguir reconociendo a la geografía como una herramienta por excelencia para el ejercicio del poder, sea este público (gobierno) o privado, desde tiempos inmemoriales, es condenarnos a seguir siendo el tiovivo en donde gira una historia y una evolución de procesos y sistemas sin secuencias y sucesiones que le den la dimensión multitemporal al espacio. Me niego a compartir el carácter unidimensional del tiempo, y reivindico la concepción según la cual el tiempo como el espacio son una esencia con múltiples direcciones, sentidos y valores como en un juego de vectores que configuran una suerte de espiral eterna cargada de eventos que se dirigen a alguna parte: a la irracional

existencia que amenaza la pervivencia del mundo o a la utopía soñada y mil veces ansiada por la humanidad.

En este sentido coincido con Konstantinov (1986), en la vinculación indisoluble del tiempo y el espacio, pero discrepo en cuanto a la asignación de dimensiones al uno y al otro. Así es, mientras el espacio se reproduce a través de imágenes tridimensionales, el tiempo no puede ser unidimensional, como una secuencia lineal de eventos uno a continuación de otro que no se repiten, ¡No! El tiempo es ese agregado de historia multidimensional que ocurre y se repite en diversos escenarios y en cronometrías diferentes a modo de espiral eterna o geometría fractal. Adicionalmente se nos plantea una coexistencia indisoluble espacio, tiempo y materia, que no pueden existir el uno sin los otros, y concluir, irrefutablemente, que al cambiar las condiciones materiales cambian las formas espacio- temporales.

El espacio es un espejo en donde se refleja la mitad de la realidad; la otra mitad la pone el objeto frente al espacio donde ocurre el desarrollo de su accionar. Así pues, existe una corresponsabilidad entre el espacio “inerte” y el objeto que se duplica o se reproduce en él, planteándose una interdependencia entre el espacio semi real y su contenido que lo concreta.

Lo que quiero decir es que el espacio se concreta como tal a partir de la existencia del objeto presente en él y, recíprocamente, el objeto se materializa porque quien lo contiene lo reconoce como ser.

¿Hacia dónde se proyecta el espacio? Quizás hacia una espontánea y continua involución, propia de la transformación que marca la teoría evolutiva, producto de la “inteligencia” humana. Yo sé que es apocalíptico, pero acaso puede haber irracionalidad mayor que lo de Rwanda, Irak, Vietnam, Afganistán, San Vicente del Caguán, Siria; acaso la barbarie, el genocidio y las hambrunas, casi pegadas a nuestras narices, son una carrera desigual contra el tiempo de las definiciones por la supervivencia. ¿Qué espacios se configuran a partir de estas dinámicas de exterminio masivo? ¿Qué historia se escribe en las páginas del día a día de una sociedad vertiginosa? Trataré de acercar una respuesta.

DESCONFIGURACIÓN DE LOS ESPACIOS

Debo comenzar por la definición de configuración como un determinado orden o disposición de elementos que componen una cosa y le dan una forma y propiedad. Hablemos por ejemplo de la configuración de un equipo de computación que ha de tener para su adecuado funcionamiento unas partes o componentes en disposición y ubicación lógica que guarden una relación

con el equipo mismo y el resultado de sus procesos; llámense hardware, software o sistema operacional.

Así, en cuanto a espacio, su configuración debe entenderse como el conjunto de elementos dispuestos dentro de un orden u organización tal que los sistemas que operan en ese espacio y que reúne a diversos elementos de este, de acuerdo con unas jerarquías, oportunidades y propiedades, funcionen armónicamente para mantener su misma existencia y nunca para atentar contra sí misma.

Cuando hablamos de desconfigurar, hablamos de alterar la disposición propia de un conjunto de objetos que así dispuestos resultan ser un sistema.

Desconfigurar es sustituir un elemento por otro diferente a su estructura y su composición original. El repuesto para un modelo de auto corresponde a uno propio y no a otro de otro modelo, aunque ambos autos tengan un sistema de encendido y de enfriamiento homólogo o destinado para el mismo fin. Igualmente, cuando adicionamos algún elemento foráneo al todo original, alteramos el sistema, de la misma manera que cuando un componente se deteriora o se desgasta, el sistema presenta una cierta inoperancia.

Aunque este es un concepto eminentemente funcionalista o mecanicista que tiene sus detractores cuando de aplicarlo al análisis espacial se trata, el espacio real no se define únicamente por las cosas o las sustancias allí presentes sino también por las acciones y relaciones entre esos sistemas de cosas y esos sistemas de acciones (Santos, 2000).

¿Se podría concluir de lo expuesto hasta aquí que el espacio estaba debidamente configurado y que el conjunto de acciones de sus elementos constitutivos le alteraron su orden a partir de fenómenos naturales y de acciones espontáneas de la materia en el tiempo? Seguramente caería en reduccionismos metodológicos si la respuesta fuera afirmativa. Y más grave aún, se plantearía el otro interrogante de... ¿Y cuándo empezó todo esto? Como esta es una pregunta mucho más compleja dejemos fluir la imaginación, pero apoyada en las reflexiones sobre el presente. Dejemos, como una propuesta explicativa a la generosidad de quien lee estas líneas, que una respuesta afirmativa, con algunos matices, puede resultar aceptable. Digamos entonces, finalmente, que la teoría evolucionista se encarga de eso, y que lo que resulta más inquietante es la velocidad y la aceleración de las acciones que ocurren en el espacio y que ponen a funcionar la teoría evolucionista a una velocidad más... ¿moderna?

Consecuentemente la sociedad sufre cambios en general “involuntarios”. Porque la multidireccionalidad de la esencia espacio-temporal que la contiene, y que a su vez se mueve a su amañó y a su acomodo, arrastra consigo a la sociedad en su conjunto. En las últimas décadas los sociólogos han estado revisando el enfoque sociológico del profesor polaco Zygmunt Bauman, que categoriza a nuestra actual sociedad como una sociedad líquida.

A merced de los medios de comunicación, y del bombardeo de los mensajes del consumismo, la nuestra es una sociedad que toma la forma de quien la contiene. El mundo interconectado por un simple *clic* acude a ese mismo *clic* para desconectarse. Y algo más inquietante, hace siglos las sociedades mantenían lazos más firmes de identidad a un determinado orden cultural, social y comportamental, hoy la inmediatez de los acontecimientos y la facilidad para transportar nuestras mentes y nuestras preferencias a otros lugares, aún los virtuales, diluyen arraigos y pertenencias, y nos “conminan” a adaptarnos y a adoptar otras maneras. Es el producto de la globalidad en su intento por hacer uniforme e igual lo que realmente es inmensamente diferente, destruyendo, consecuentemente, o por lo menos desfigurando, cosmovisiones y sentimientos de convivencia, solidaridad, igualdad, justicia, sostenibilidad, armonía y fraternidad.

Alinderada así esta disertación planteemos pues la desconfiguración de los espacios a partir de las acciones antrópicas de la modernidad y entremos a analizar la concomitancia existente entre el desarrollo (crecimiento, progreso) y la desconfiguración de los espacios.

DETENER EL CRECIMIENTO: AL RESCATE DE LA CARTA DE MANSHOLT

Sicco Mansholt, economista holandés (1908 – 1995) cuestionaba ante la Comunidad europea, a principios de la década del setenta del siglo pasado, el modelo de desarrollo económico desbordado dentro de un contexto de continua degradación de los ecosistemas y del medio ambiente en general que practicaba, y practica, el mundo capitalista hoy globalizado. Hacía referencia a la desconfiguración espacial y a la disminución de los niveles de calidad de vida.

Desde la naciente Comunidad Económica Europea en 1965 se planteaban estrategias para el fortalecimiento de bloques comerciales centrando el análisis sobre problemas de población, producción de alimentos, degradación del medio ambiente y valoración de los recursos naturales. Mansholt proponía el estudio del crecimiento descontrolado para encontrar fórmulas que impactaran menos al medio ambiente. Proponía entre

otros el abordaje de las siguientes problemáticas (Tamames, 1980):

“1. Prioridad en la producción de alimentos”, así estos no fueran un negocio rentable.

“2. Fuerte reducción del consumo de bienes materiales por habitante, compensado esto con una mayor oferta de servicios de salud, educación, ocio y recreación.

“3. Alargamiento de la duración de la vida de todos los bienes, equipos, previendo el derroche y evitando la producción de bienes no esenciales.

“4. Lucha contra la contaminación y política de conservación de materias primas, reorientando las inversiones hacia el reciclaje y las medidas anticontaminantes”.

Mansholt era un socialista declarado y fue objeto de numerosas críticas desde los economistas liberales hasta los socialistas más moderados; sin embargo, el *Nouvel Observateur*, pocos días después de la publicación de la carta de Mansholt en 1972 declaró: “... *el mantenimiento de las formas de vida civilizada en la tierra, incluso la supervivencia de la humanidad es incompatible con el modo de producción capitalista*” (Tamames *op.cit.*).

Al hablar de la desconfiguración de los espacios hemos de reflexionar sobre los determinantes de esta amenaza, evidenciada en una creciente inestabilidad social a todo lo largo y ancho del planeta y en una preocupación latente por el deterioro medioambiental.

En primer término, planteemos cómo la sed de recursos energéticos de los países poderosos los ha llevado a las más despiadadas acciones en territorios propios y ajenos, alterando todas las relaciones socioespaciales de milenaria tradición cultural. Irak, para no ir tan lejos, hoy sumida en la más absoluta devastación de sus territorios, es un país completamente desconfigurado espacialmente. Sus fronteras asediadas por el flujo de poblaciones en uno y otro sentido, sus asentamientos poblacionales convertidos en campos de concentración, las instituciones zozobrando en un mar de ingobernabilidad absoluta. Tierra de nadie, escenario de múltiples contradicciones espaciales. “... antes fueron los telares y los tapetes los que dieron floritura y connotación universal a esta zona circundante de la siempre antigua y bíblica Mesopotamia...”, (Arbeláez, 1991). Hoy el genocidio y la guerra campean en lo que ayer fueron urbes y ciudades configuradas según los parámetros socio culturales de dicha nación y que ostentan títulos de patrimonio de la humanidad.

Y aunque este es sólo uno de los tantos ejemplos, una multitud de factores accionan negativamente sobre el espacio. El crecimiento desmesurado y sin límites que la modernidad ha implementado en el planeta, toca el desarrollo socioeconómico del territorio y su conservación para generaciones futuras.

La humanidad se ha desarrollado, de manera asombrosa, con lo cual ha logrado acumular en todos los órdenes. Acumular conocimientos, acumular territorios, riquezas, propiedades, papel moneda; la humanidad ha encontrado las formas de producir y reproducir el bienestar y la “felicidad”. Tristemente la humanidad no ha podido desarrollar un sistema de distribución universal de lo acumulado.

Muy por el contrario, para alcanzar estos niveles de desarrollo, de reproducción de bienes útiles e inútiles, suntuosos, superfluos, diferenciados por nimiedades como la forma del jabón de tocador, el olor, el color y qué sé yo cuántos otros atributos triviales más, ha construido también las estrategias de una economía liberal, fundamentada en la competencia, la competitividad, la eficiencia, la eficacia, la utilidad y el rendimiento; de la producción en serie, del consumismo, de la masificación, de la tasa interna de retorno, de la especulación bursátil, del corporativismo, etc., etc., en la más vertiginosa deshumanización hacia la vacuidad.

Como resultado: competir por acumular antes que distribuir para convivir, y una particular manera de utilizar lo acumulado en la reproducción de esa misma acumulación.

El crecimiento, que es un término eminentemente econométrico, viene perturbando la tranquilidad de los pensadores que como Mansholt en su momento, y entre otros, han intentado plantear un modelo de crecimiento, que sus detractores dieron en llamar “crecimiento cero”, pero que corresponde más a un crecimiento controlado y lo más cercano al crecimiento espontáneo y sostenible de los ecosistemas naturales. La cadencia de los cambios espontáneos de la naturaleza ha sido alterada y puesta a evolucionar al vértigo de una economía de mercado que vocifera en sus inmensos avisos de neón “COMPRE ALGO POR FAVOR...”

Por supuesto que hoy más que cuando se planteaban estos “desatinos”, los tecnócratas, que pululan en nuestros gobiernos tercermundistas, se rasgan las vestiduras con solo pensar en las implicaciones económicas de una “desaceleración” del consumo.

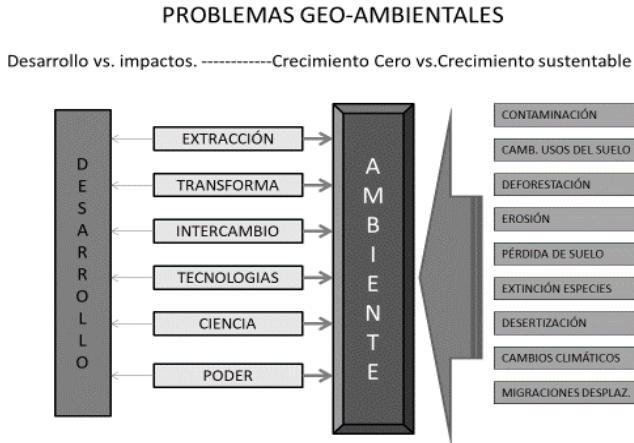
En sus cabezas no hay claridad sobre la función pública entendida como un “apostolado” antes que como un negocio super rentable para sus bolsillos. Así que las elecciones no son una expresión suprema de la

democracia sino un juego de corporaciones (no partidos políticos) que buscan un ganador. No un cuerpo representativo de las mayorías sino un empoderado del poder económico que ejecute sus intereses rentistas.

Sobra parodiar a mi profesor de Mercadeo: “Asegúrense de que su contraparte gane también, porque cuando solo uno gana se crea un enemigo...”.

Hoy para muchos “la democracia es muy linda, pero huele muy feo”. “Nuestros” elegidos (los que eligen las corporaciones) no están interesados en conducir el espacio y sus contenidos (el Estado) por los senderos de la equidad y la justicia social, mucho menos hace 60 años; para entonces también era inadmisible pensar en otro

Marx y prefirieron descalificar y archivar la carta de “Marxholt”, como burlescamente lo llamaron.



Concomitancia medioambiental, elaboración propia

CRECIMIENTO CERO O CRECIMIENTO ILIMITADO: ¿A QUÉ LE APUESTAN?

Negar la concomitancia entre desarrollo y cambio climático, entendido este como la manifestación concreta de los cambios en el espacio por acciones antrópicas, es una discusión de nunca acabar. Sin embargo, posiciones que parecen antípodas pueden tener puntos de convergencia, y así, pensar en la utopía de integrar cerebralmente estos dos fenómenos incontrovertiblemente ligados por la misma naturaleza

espacio-tiempo, es la lucha por librar en la actualidad sin más dilaciones.

Según Jiménez (1999: 90): *“Hay muchos elementos que constatan que el nuevo modelo económico (neoliberalismo) a cambio de reducir los desequilibrios espaciales de desarrollo los está acentuando. Los contrastes se están haciendo inclusive más fuertes”*. Esta cita textual nos plantea la necesidad de hacer un alto en el camino para repensar el crecimiento. Pero al crecimiento y acumulación, por ser connatural a la forma de producción capitalista, no pueden fijársele unos límites o unas fronteras, así que las desconfiguraciones espaciales siguen su curso hacia un creciente e ilimitado espacio entropizado.

Llamar la atención sobre la urgente necesidad de cambiar el modelo de desarrollo mundial es un discurso manido si se entiende que el neoliberalismo que revalida el dejad hacer, dejad pasar, da licencia al individualismo como postura de vida del hombre.

“Como disciplina, la economía se ha convertido repentinamente en una de las materias más importantes de la actualidad. No habría nada de malo en ello si la importancia dada a la ciencia económica correspondiera realmente a su capacidad de interpretar y resolver los problemas que afectan a la Humanidad. Este no es el caso. Sus grandes abstracciones, tales como el P.N.B. (Producto Nacional Bruto), sistemas de precios,

tasas de crecimiento, razón capital producto, movilidad de factores, acumulación de capital y otras, aunque reconocidas como importantes, son selectivas y discriminatorias cuando se refieren a la masa de los seres humanos. A través de estas abstracciones la ciencia económica, en vez de convertirse en «disciplina abierta», se convierte en una especie de «club exclusivo» (Max-Neef 1993).

Cambios de actitud, formas de valoración consciente del ser y del devenir histórico de la humanidad, implican hoy una recomposición de las estructuras políticas al interior de los Estados y a escala planetaria. Hoy, en la cima del pensamiento civilizado, es cuando más falta nos hace un derrumbamiento de los paradigmas imperantes en la conducta individual.

Las estructuras políticas como formas de interpretar y ejecutar los sentimientos nacionales tienen la misión de darle forma al espacio y de establecer los modos de operar sobre el territorio para mantener el “orden” y planificar su desarrollo.

CONCLUSIÓN

La desconfiguración de los espacios involucra en su análisis y reflexión aspectos políticos, culturales y económicos en consonancia con el ambiente y sus elementos estructurantes: la biosfera, la litosfera, la

hidrosfera, la atmósfera, ese caldo hirviente donde se cuecen todos los elementos. Ese magma cósmico al que tenemos que respetar, cuidar y proteger. Esa dinámica de fuerzas encontradas que determinan el devenir histórico de la humanidad, esa ecuación cuyas relaciones y variables guardan un asombroso equilibrio que estamos alterando con nuestra concepción de vida. Concluyamos reconociendo una coexistencia indisoluble entre el espacio, el tiempo y la materia que no pueden existir el uno sin los otros, y la conclusión irrefutable de que al cambiar las condiciones materiales cambian las formas espaciales.

“Cuando Adam Smith titula su libro de teoría económica como "Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones" está subrayando que el problema dominante en su trabajo es el crecimiento económico. Las teorías clásicas del crecimiento elaboradas por sus seguidores Ricardo, Malthus y Marx son la base sobre las que están elaboradas las teorías e ideologías modernas. Si la palabra "maltusiano" sigue siendo útil hoy día para definir o insultar, es conveniente que el que la utilice sepa realmente qué dijo Malthus” (Martínez Coll 2001).

Terminaré citando los Objetivos de Desarrollo del Milenio propuestos por las Naciones Unidas en 1987 y cuyo enfoque planteaba una propuesta de desarrollo y crecimiento económico basado en el respeto por el

medio ambiente y la posibilidad de que las generaciones futuras pudieran disfrutarlo (El desarrollo sostenible).

“Todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas se comprometieron a alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) para el año 2000 y más allá:

1. Erradicar la pobreza extrema y el hambre:

Reducir a la mitad el porcentaje de personas cuyos ingresos sean inferiores a un dólar por día, y de las personas que padezcan hambre;

2. Lograr la enseñanza primaria universal:

Velar por que los niños y niñas de todo el mundo puedan terminar un ciclo completo de enseñanza primaria;

3. Promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer:

Eliminar las desigualdades entre los géneros en la enseñanza primaria y secundaria;

4. Reducir la mortalidad infantil:

Reducir en dos terceras partes la mortalidad de los niños menores de cinco años;

5. Mejorar la salud materna:

Reducir el índice de mortalidad materna en tres cuartas partes;

6. Combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades graves.

7. Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente:

Incorporar los principios del desarrollo sostenible en las políticas y los programas nacionales, reducir a la mitad el porcentaje de personas que carecen de acceso a agua potable y mejorar la vida de los habitantes de tugurios;

8. Fomentar una asociación mundial para el desarrollo:

Encarar la reducción de la pobreza, promover la buena gestión de los asuntos públicos y un sistema comercial abierto, atender a las necesidades especiales de los países menos adelantados y de los países sin litoral, así como de los pequeños Estados insulares en desarrollo, encarar los problemas de la deuda, del trabajo de los jóvenes y del acceso a medicamentos esenciales y a nuevas tecnologías”.

La civilización hoy se esfuerza más en deslumbrar que en alumbrar. Hoy todo es más transitorio y fugaz; nos asombramos de la inmediata obsolescencia de nuestros teléfonos inteligentes y nuestras computadoras

personales, pero la temporalidad y el desecho de las cosas no son aplicables a la naturaleza.

Decía algún sabio en su ermita: “regresa a la tierra, vuelve a la tierra, Dios ya no creará más tierra para ti”. Una lapidaria sentencia para un inexorable final del que la civilización ni está tan cerca ni está tan lejos.

Finalmente, la ciencia geográfica y la ciencia económica convergen en el espacio, pero mientras la geografía estudia el dónde, el cómo y explica de las relaciones que se dan en el espacio, la economía instrumenta las formas en que deben converger los factores de producción en la obtención de procesos efectivos, eficientes, pero, sobre todo, rentables; quizás por eso el escritor británico T. Carlyle (1795-1881) se atrevió a afirmar que "la economía es una ciencia lúgubre", seguramente porque notó que los histogramas del crecimiento ocultaban la doble moral del mal llamado equilibrio económico. Y es que cuando los superávits sonríen a los *stockers*, el débito castiga a los que no pueden suplir las necesidades básicas. Si sobra en una columna del libro de contabilidad, es porque faltan condiciones de vida digna en muchos hogares de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

ARBELAEZ, ARTURO. 1991. La Guerra del Golfo: ganando pérdidas, en Diario La Patria de Manizales, enero 23 de 1991, pg. 5

JIMENEZ, LUIS. 1999. Transformaciones espaciales derivadas del proceso de Globalización. Cuadernos de Geografía 8 (1), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

KONSTANTINOV, F. *et. Al.* 1986. Fundamentos de la filosofía marxista-leninista Materialismo dialéctico, Capitulo III, La materia y sus formas principales de existencia, Ed. Pueblo y Revolución, La Habana. VEPP.

MARTÍNEZ COLL, JUAN CARLOS (2001): "El crecimiento económico" en La Economía de Mercado, virtudes e inconvenientes; <http://www.eumed.net/cursecon/0/jcmc.htm> consultado el de marzo de 2007.

MAX-NEEF, MANFRED. 1993. Tomado de "La Economía Descalza" Señales desde el mundo Invisible, Editorial Nordan, Montevideo, (Capítulos Seleccionados). Historia, economía y algunas invisibilidades, consultado en marzo de 2007 en <http://www.eumed.net/cursecom/textos/Max-Neff-texto.htm>

SANTOS, MILTON. 2000. La Naturaleza del espacio: Técnica y tiempo, Razón y Emoción. Ed. Ariel, Barcelona.

TAMAMES, RAMON, 1980, Ecología y desarrollo: La polémica sobre los límites del crecimiento, alianza universidad, Madrid.



El puente que no colapsa, Municipio de Sucre, Sucre, 1982

ÉTICA Y CONOCIMIENTO: APUNTES AL MARGEN DE LO COTIDIANO

INTRODUCCIÓN

Mientras la naturaleza se toma todo el tiempo para elaborar una nueva especie, un nuevo paisaje, una nueva condición, el hombre moderno quiere hacer las cosas con la inmediatez de la tecnología.

La búsqueda del conocimiento hace parte de la búsqueda de nuestra propia condición humana. No nos basta la experimentación sensorial de la cosa creada por la naturaleza y expuesta allí, si se quiere de manera “espontánea”, sino que, una fuerza interior nos impulsa a indagar por su naturaleza, por sus componentes y por su funcionamiento. Comprender esa complejidad del mundo y de sus contenidos, deviene en la posibilidad de que el hombre las reproduzca y con ello se reproduzca a sí mismo en el tiempo.

El conocimiento de algo nos permite explicar y replicar ese algo según la necesidad y la intencionalidad de nuestros actos. Encontramos el fuego, pero mantenerlo, conservarlo, crearlo y repetirlo, nos convirtió en observadores, en investigadores de un fenómeno con innegables beneficios; así que conocer su dinámica, sus componentes y su naturaleza, nos permitió disponer de

ese fenómeno como instrumento y herramienta vital. También como instrumento de guerra y destrucción, y es aquí donde la dualidad bien y mal comienza a tomar forma en la discusión de la ética y el conocimiento.

Pero el conocimiento no solamente nos permite conocer y explicar algo, sino que, mediante él, nos acercamos al ejercicio del “poder”. Poder discernir sobre el destino de una fruta infestada de hongos: ¿puedo darla como alimento o como tóxico? Poder liderar la ruta de las naves hacia puerto seguro o hacia el abismo. El conocimiento adquiere el carácter de instrumento de dominación y al mismo tiempo es signo emblemático de la ciencia y el saber.

La ciencia ha desbordado los límites de la razón; la ciencia y el conocimiento, entendidos como tarea de conocer la verdad objetiva, se constituyen en poder. Pero el poder no invoca necesariamente a la ética como doctrina de base para su ejercicio, como lo ejemplificaba arriba. La ética entra en pugna con el objeto mismo de la ciencia y el conocimiento.

La fisión del átomo, por ejemplo, a principios del siglo XX, que permitió disponer de inmensas cantidades de energía liberada por su división, pudo haber sido más útil para iluminar ciudades que para aniquilar pueblos.

La duda y el temor sobre la ética del empoderado por la ruta del conocimiento ponen en entredicho el vínculo entre el conocimiento, el poder y la ética. Esto significa someter y cuestionar si el empoderado sabe y si ese conocimiento lo impone con la fuerza del valor moral. Es bueno dejar claro que, por un lado, está el científico empeñado en avanzar sobre el conocimiento y por otro, quien se apropia de ese conocimiento para reproducir el poder. En la modernidad hemos visto como esta dicotomía se diluye al aceptarse la tecnocracia como modelo de administración del poder en el Capitalismo Occidental.

Para concluir esta primera parte debo afirmar que en la academia solemos restarle valor epistemológico a quienes se atreven a pensar libremente, autónomamente; cualquier afirmación o postura ideológica tiene que estar “protegida” por quienes pensaron primero: fulano dijo..., mengano sostiene...; en una suerte de actitudes imitativas que resuenan hasta que pasen de moda.

Desvirtuamos el conocimiento no científico. Aquel fraguado al calor de la experiencia milenaria de nuestras culturas ancestrales, en una aceptación de la condena europea de hace quinientos años de ser indígenas (¿ceranos a la indigencia...ceranos a la desnudez?) y de ningún modo poseedores de los saberes y el

conocimiento, no sistemático, pero sí producto de una realidad vivida.

Tanto del griego (ethos) como del latín (mores), la ética toma por significado costumbre. La ética referida a lo moral como forma usual del comportamiento humano; usos y costumbres “apropiados” transmitidos genéticamente desde los primeros tiempos. Es costumbre, es usanza, es forma de comportamiento, es actitud, es modo cultural. La ética, y con mucho atrevimiento de mi parte, se aplica a la condición del hombre como individuo, mientras que la cultura-derivada de aquella- a la sociedad en su conjunto. Me parecen términos equivalentes, aunque a escalas diversas.

La ética primero como paradigma teológico: lo moral y lo inmoral, lo sano y lo insano, lo pecaminoso y lo limpio, lo blanco y lo negro; una dicotomía que hacía simple asumir una costumbre o una actitud ética; era solo cuestión de seguir los mandamientos de la ley divina.

El paradigma antropocéntrico, algo así como el contrato social, en el que se establecían las normas y las reglas como costumbre u observancia de la conducta del colectivo socializado, complejizó su estudio y aún sus significados. La ley, la norma y otra vez el comportamiento humano en relación con la moral y las buenas costumbres. La ética como signo conductual de

nuestra existencia, lindero de linderos, lindero de la libertad.

Seguidamente el paradigma tecnológico, el conocimiento que le da cierta ventaja a quien puede acceder a él. Y es que, paralelo a ese conocimiento, se adelanta el proceso de institucionalización, buscando dejar por fuera a los que no pueden pertenecer a la academia. Y es que la academia ha de darle carta de reconocimiento al conocimiento.

Y después la modernidad, por no decir posmodernidad (cuño eufemístico si se tiene en cuenta el rezago de muchos apenas atisbando la modernidad); modernidad que nos muestra cómo se diluye la ética en el piélago del consumismo y del individualismo, condicionantes éticos comprometidos con otros valores de vida.

Y no es que todo tiempo pasado fue mejor, no. Es que la “civilización”, cargada de conocimientos, nos ha sido tan útil que hasta para entender nuestra propia crisis ha servido:

*“Lo mejor de la especulación intelectual y creativa
Que se ha hecho en Occidente en los últimos 150 años
Parece ser, incontestablemente, la más enérgica y verdadera
En la vida entera del hombre. Aun así, el resultado también
Incontestable de toda esta genialidad es nuestro sentido*

*De estar parados en las ruinas del pensamiento, y al borde de las
ruinas*

*De la historia y del hombre mismo... La necesidad de consejo
individual*

Y espiritual jamás ha sido tan aguda”
(Susan Sontag)

Se habla de la ética en un sinnúmero de profesiones: la ética del gobernante, la ética del asalariado, la ética como conducta individual o la ética como comportamiento del colectivo.

Más escabroso aún me resulta buscar y encontrar el vínculo entre el conocimiento y la ética, y llego a la “brillante” conclusión de que el vínculo entre la ética y el comportamiento humano sea este ilustrado u ordinario, no existe como algo optativo, sino que se trata de una condición inherente a la actuación humana. Se es o no se es ético, cualquiera que sea la condición de su saber.

Se me ocurre reflexionar sobre la moral cristiana inscrita a valores de respeto, obediencia, bondad, generosidad; se me ocurre que frente al saber y al conocer, la conducta humana ha transitado desde lo teológico, inspirándose en La Fe, hasta la complejización de la realidad merced al método científico.

Así es, mientras que nos bastaba encontrar la verdad en Dios y obviar la reflexión o valoración del por qué la realidad era buena o mala, la Ilustración (entendida aquí como la incursión al conocimiento) nos abrió las puertas a la duda y a la posibilidad de cuestionar los valores impuestos por una autoridad religiosa o política. Las reglas y las normas que debían definir el comportamiento acostumbrado pasaban a ser objeto de una prueba crítica a la luz de una razón.

Pero esto reclamó largos y pesados siglos de oscurantismo religioso, y solo después del siglo XVI, con el surgimiento del movimiento Renacentista, habría de arrancar definitivamente una secuencia de revoluciones en lo político y económico desde Inglaterra, principalmente, pero irradiándose rápidamente al resto de Europa y, con el tiempo, a América.

Se produce entonces un cambio estructural en la filosofía, esto es que una teoría del conocimiento desplaza la visión metafísica del mundo. El método científico reclama el rigor en la búsqueda de la verdad, pero es tan perfectible, tan objetivo y tan poco humano que bien pronto aparecen las nuevas corrientes con su enfoque ético sobre si la verdad vale porque es producto del conocimiento objetivo o del conocimiento subjetivo. Tomas Khun y sus revoluciones científicas, las rupturas de paradigmas para adentrarse en la construcción de uno

nuevo, la falsación de la verdad de Karl Popper y la invitación de Feyerabend a validar la verdad subjetiva, a humanizar la ciencia y a cuestionar el método científico, ponen a pendular la ética del conocimiento entre lo objetivo y lo subjetivo.

Hasta aquí un poco del contexto en el que se discute la ética y el conocimiento, pero, lo confieso, prevalece la dificultad de interconectarlos; aunque arriba me atreví a pensar que la valoración subjetiva podría definir ese vínculo.

Podría reducirme a explicar esta comunión desde la simple expresión de la modernidad, en que el término ética ha asumido una dimensión difusa, mientras el conocimiento ha avanzado hacia los refinamientos extremos de pensar que ya lo conocemos todo, y pensar, en la misma línea, que quien posea el conocimiento, detenta el poder y que ese poder no necesariamente se sirve de la ética en su ejercicio de imposición.

La civilización como conjunto de valores, hábitos, saberes y realizaciones humanas nos acelera en el tiovivo de la modernidad. La modernidad es esta civilización cargada de costumbres, usos y realizaciones que nos pone a girar en un modelo homogenizado, aunque nos caracterice la heterogeneidad.

La barbarie aquí, no como el estado silvestre y prístino de los nórdicos europeos (mal nombrados por el “despotismo ilustrado” de la época de Voltaire) sino como acepción de inhumanidad, desprecio por la vida, irrespeto por el prójimo, insolidaridad, indolencia, injusticia, mezquindad.

Pero estas reflexiones sobre la ética y el conocimiento no pueden estar al margen de lo cotidiano. La dureza de las imágenes que observamos a diario es una invitación a replantearnos nuestras costumbres, aún aquella costumbre de no prestarle atención a las preguntas:

- ¿Van a matar mucha gente, papá?

-Nadie que conozcas querido. Sólo extranjeros.

(John Le Carré, tomado de un artículo sobre la guerra de Irak de Eduardo Galeano)



Pilando arroz, Economía del No Futuro, Municipio Sucre, Sucre, 1982



Camino a Chiguachía, Cundinamarca, 1997

UN NUEVO ORDEN MUNDIAL SE ACERCA

INTRODUCCIÓN

¿Son estos tiempos de desencanto en América Latina?

¿Cómo debe reaccionar la geografía a las imposiciones que nos hace una cultura de consumismo, contradicciones y amenazas surgidas de los modelos manipulados por los medios de comunicación?

¿Son estas avalanchas de información, cargadas de banalidad y de superficialidad, las que están condicionando la conducta de sectores de población por uno y otro camino, en todo caso siempre divergentes, ahondando en contradicciones y confrontaciones ideológicas?

¿Es que el neoliberalismo y la globalización son modelos fallidos pues han puesto en riesgo la democracia como bandera de toda sociedad?

El posmodernismo o la posmodernidad son vocablos que no responden sino a un modelo imperialista o post imperialista con el que se cierra el proyecto del capitalismo.

Ese proyecto que comienza con el colonialismo, y transita por revoluciones industriales, comerciales y comunicacionales, finalmente encuentra en el

posmodernismo o globalización, una nueva estrategia político-económica para enfrentar la crisis de la cultura occidental en la que la libertad termina siendo un fantasma: un fantasma que recorre al mundo tecnocrático.

Se trata en este escrito de hacer una reflexión sobre las crisis actuales, no sólo de la sociedad en su conjunto, sino de quienes detentan el poder y desconfiguran u “ordenan” los espacios a su amañó y a su acomodo, si se tiene en cuenta que crece, de manera preocupante, la confrontación armada entre una sociedad occidental apropiada de lo que denominan ellos mismos la “civilización”, y por otro lado, “el terrorismo” como reacción de grupos y estados marginados que se resisten a inscribirse en la ideología occidental del “progreso”, el consumismo depredador del medio ambiente y la acumulación desmedida de la renta.

EL DESENCANTO

Comencemos pues por aclarar lo que hemos dado en llamar desencanto. El desencanto es de algún modo la pérdida de ilusiones y esperanzas de una sociedad que busca mejores condiciones de vida. Es la derrota anticipada de lo utópico como meta a alcanzar. Es la claudicación de los anhelos relacionados con la estabilidad económica, la convivencia pacífica, el

reconocimiento y, en fin, con la redención de los múltiples errores que en la historia se han interpretado como avances científicos o tecnológicos. El desencanto como manifestación de la desconfianza y el escepticismo frente al avance de las desigualdades y la presión de las fronteras que cada día se cierran más por el avance de las desigualdades y la discriminación social.

El desencanto surge del seno mismo de un sistema económico que no responde a las expectativas que el modernismo anticipaba en términos de adelanto científico, eficiencia productiva, abundancia, progreso, y que se agudiza con la caída de los sistemas socialistas que en su momento fueron la pretendida respuesta a los ideales de igualdad, justicia y equidad que reclaman aún todas las sociedades.

El desencanto pareciera haber degenerado en resignación.

Después de las oleadas revolucionarias y de las dictaduras militares en Latinoamérica, se abre camino el neoliberalismo -fórmula o ruta a seguir impuesta por el Consenso de Washington- y la implantación del *dejad hacer, dejad pasar*. Y esto porque el Estado resulta ser demasiado grande y espeso para moverse en la gestión pública y en la interpretación de las aspiraciones del pueblo.

La tecnociencia avanza más aceleradamente hacia el refinamiento de instrumentos y herramientas que producen desaforadamente productos y bienes, no necesariamente básicos, que requieren rutas de colocación y distribución. El Estado camina lentamente y solo está interesado en garantizar servicios y bienes básicos para los ciudadanos.

La contradicción del modelo tecnocientífico del sistema capitalista en la reproducción de sí mismo, como objetivo último, se manifiesta en que las máquinas se detienen una vez se alcanzan los inventarios suficientes para la demanda existente.

LA CRISIS DE LOS ESTADOS

Ciertamente con la maquinización la producción de bienes alcanza límites numéricos nunca imaginados. Se producen por minuto más bienes de consumo que consumidores. La industria alcanza los mayores niveles de productividad gracias a los adelantos tecnológicos, las máquinas robotizadas disparan millones de electrodomésticos y toda clase de artículos superfluos y necesarios, alcanzándose ofertas desmesuradas respecto de la capacidad adquisitiva de los consumidores.

Las actividades extractivas de metales, bosques, fauna y flora ponen en riesgo no sólo la seguridad alimentaria de

los pueblos sometidos a la barbarie de la tecnociencia, sino que la depredación y la alteración de los ecosistemas comienzan a ocasionar cambios en el sistema ambiental global.

Los Estados no pueden ejercer su función de control y distribución de los inmensos recursos que generan los adelantos tecnológicos y tienen que irse replegando por cuanto en la oferta de servicios, tradicionalmente bajo la responsabilidad del Estado (salud, educación, infraestructuras), los capitales encuentran oportunidades de negocio en los que puedan reinvertir y reproducir el capital.

El Estado en teoría sería el llamado a hacer las veces de homogeneizador de la sociedad, pero es que el Estado se redujo al ejercicio del poder ejecutivo, y ya no encarna el sentir integrador de la sociedad en un ideario común de unidad nacional. Es tan solo una unidad administrativa en la que confluye el “mercado político” de intereses particulares.

Entonces el estado funciona para salvaguardar los intereses de esos poderosos, se legisla para quienes dicen tener la misión de incrementar el PIB, suplir las NBI y buscar crecimiento económico, privatizando ganancias y socializando las pérdidas (recuérdese la crisis de las cooperativas); pero también asegurando la concentración

de la riqueza en las mismas pocas manos de la tradición burguesa enmascarada, tras bambalinas, en las abstractas corporaciones.

Son entonces las privatizaciones y las inversiones privadas las que irrumpen en los sectores de servicios básicos y es a merced de las grandes empresas donde quedan los más elementales derechos de la comunidad.

El desencanto es también el producto de la “desaparición” de un Estado garantista universal y de la sustitución de éste por las grandes corporaciones que convierten el servicio público en mercancía de intercambio comercial y rentista. El desencanto resulta del abandono del que somos objeto por parte de unas instituciones reconfiguradas por el poder económico y arrinconadas por el fortalecimiento y la validación de nuevas formas de mercadear la cotidianidad, el bienestar, el ocio, las comunicaciones y las más elementales necesidades. El Estado se convierte en un establecimiento de gestión tecnocrática donde imperan las fórmulas de Wall Street, del FMI y de los poderosos clubes económicos donde se concentra el 90 por ciento de la riqueza planetaria.

El **vandalismo** popular prospera tanto como el **bandidismo** de las corporaciones detrás de cuyas estructuras complejas se sientan los mismos círculos de

poder económico de las familias y de los exclusivos clanes (Club de Bilderberg).

Mientras en las noticias los vándalos destruyen las vitrinas de supermercados, grandes superficies de lujo y ostentación, y empresas de transporte público costoso, ineficiente e inhumano, el bandidismo utiliza sus sistematizadas estructuras de poder para legislar en favor propio y de sus empresas. Ponen a su propio servicio, las más depuradas tecnologías para extraer los recursos del suelo y el subsuelo y alimentar la cadena del saqueo, la expropiación y explotación humana en una era perversa de exterminio y genocidios.

LOS MEDIOS

Este poder, surgido del poder mismo, es la herramienta por excelencia para arar en la mentalidad de las masas. Este trabajo de alta cirugía neurológica, que se aplica a configurar redes y circuitos de consumismos obsesivos, pauperiza aún más a la sociedad y la somete a transitar por espacios más reducidos del pensamiento.

Obran así los medios como “laxante” de la reflexión o “purificador” del pensamiento, conduciéndonos a un estado de sopor próximo a la muerte del intelecto.

Todo está abonado para darle paso a la nueva modernidad; no a la modernidad con la que se salvarán

las deficiencias alimentarias en los “quintos” mundos, o la pobreza y la marginalidad de las barriadas famélicas de Bombay o de Calcuta, de Nueva York o de La Paz, en donde, por la acción mágica de la televisión y del cinematógrafo, estas realidades y estas contradicciones humanas quedan relegadas al exotismo de los documentales de la *National Geographic*.

“Una primera dimensión del desencanto posmoderno es la pérdida de fe en que exista una teoría que posea la clave para entender el proceso social en su totalidad. Nuestra época se caracteriza por un recelo frente a todo tipo de metadiscurso omnicompreensivo. Esta desconfianza nace de una intención totalitaria: de homogenizar lo que es extremadamente heterogéneo.” (Fischer, 2006).

La anterior sentencia es contundente como explicación del desencanto latinoamericano, toda vez que con el neoliberalismo el pueblo fue abandonado a merced de la transnacional y de su herramienta de poder: los *mass media*.

El mismo detergente en cincuenta presentaciones, por color, olor, forma, tamaño; el *mix marketing* haciendo de la actividad más ancestral del hombre, el intercambio, la más refinada de las ciencias económicas.

Igualmente, el desencanto es una reacción al rechazo de ser observados por el sistema como totalidad, en el afán de ocultar nuestras diferencias, por lo que esa sociedad multivariada pero homogenizada por el establecimiento, se guetiza, esto es, se concentra en unidades compatibles, se estratifica, se divide, ahondándose así en contradicciones particulares y en el emprendimiento de reivindicaciones grupistas, antes que en unidades para crear idearios colectivos y universales. En cualquier caso, marcados por la polarización extrema.

Los medios de comunicación de masas fueron “educastrando” a la sociedad antes que, capacitándola en técnicas, oficios, conocimientos culturales, intercambios, “entretenimiento”. Los medios de comunicación modelaron unos arquetipos de belleza, de fuerza, de poder, de formas de vida y obraron en la población resentimientos o resignaciones. Los unos toman rutas de desprecio por la vida o sobrevaloración de esta en posiciones abiertamente revolucionarias, los otros, los más, toman su ración y siguen siendo “otro ladrillo más en la pared”.

“La historia del siglo XX resume la experiencia terrible de una humanidad cuyo poder destructivo se desarrolló más rápidamente que la toma de conciencia de sus posibilidades y que el desarrollo de un imaginario social constructivo. Lo peculiar y específico del siglo es su locura destructiva: las dos

grandes guerras, los totalitarismos, los campos de exterminio nazis, el Gulag, Hiroshima y Nagasaki, Corea y Vietnam, el genocidio camboyano, la guerra del Golfo, Bosnia, cientos de guerras anónimas, las grandes hambrunas africanas en el siglo de la abundancia y el genocidio silencioso y permanente del Tercer Mundo".
Revista Aquelarre, U. Nal., Bogotá, Anónimo sin fecha.

Al comenzar este siglo XXI, ¿podríamos tener una visión de futuro menos apocalíptica?, ¿no son tan espeluznantes las creaciones aparentemente fantasiosas de Hollywood, sobre desastres naturales, guerras, terrorismos y maniobras de espionaje como las de septiembre-11 que pudimos presenciar en vivo y en directo? Creo que ronda en la humanidad un presentimiento. Pero no está a nuestro alcance el poderlo evitar, el nuevo orden mundial se acerca.

LA POSMODERNIDAD: UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

Así y todo, el nuevo orden mundial que se acerca ha de ser más sangriento y desmesurado en su irracionalidad. La certeza de poseer todo lo necesario para generar una sociedad democrática y armónica dentro de sus heterogeneidades, es un planteamiento tan utópico como la pretensión de que los EE. UU. lleguen a ser los

monarcas del mundo posmodernista en un inmediato futuro.

El posmodernismo entendido como ruptura y replanteo de un modelo para superar las frustraciones de la modernidad y sus proclamas de mejoramiento de vida con el desarrollo de las tecnologías, surge con dos características distintivas: la informática y el consumismo. Ya hemos abordado arriba los instrumentos que posibilitan esta ambivalencia en la vida cotidiana.

En esta sociedad de consumo los valores culturales deben entenderse como precios. Efectivamente, se confunden los vocablos valor y precio. Todo es tasable en términos cuantitativos de intercambio.

El sistema capitalista ya no define el poder como la concentración de riqueza en términos de papel moneda dentro de las bodegas de un banco o la posesión de grandes extensiones de tierra cuando el capitalismo temprano. Ahora es el mercado el que define el poder, pues con los sistemas fordistas de producción en serie y el refinamiento de las tecnologías, los volúmenes de bienes fabricados tienen que llegar a unos consumidores que los están esperando en todas partes del mundo, donde las redes de la informática ya tienen abonado el terreno.

La globalización es pues la meta y el vehículo es la red, La virtualidad; somos una única aldea interconectada con la inmediatez de la luz, pero tristemente separada por una infinita red de fronteras no solo geográficas o físicas (mallas, alambradas, muros, etc.) sino culturales y económicas. Nefasta visión del consumo desenfrenado y de la vida frenética de los destellos de neón. La propuesta es cautivar antes que cultivar. La silicona y el maquillaje con los que evidencias tu desnudez intelectual. Y es que la belleza ya tiene su modelo y tiene quien lo proclame y lo haga norma de obligatorio cumplimiento. No hay estado que imponga una norma de comportamiento social sino unos medios que determinan si estás o no dentro de la norma (*in or out*); y lo que no se circunscribe a ese modelo soy yo.

“La modernidad se reduce a un proceso de producción justificado en la novedad que condena los productos a una inmediata vejez”, Ortega, (2000).

“Desde el campo científico se denuncia que los grandes postulados del posmodernismo se sostienen sobre <una amplia y profunda ignorancia de la ciencia> y sobre un lenguaje oscuro e irrelevante que permite ocultar la vaciedad de su discurso. Se le descubre falto de rigor, críptico e incluso ignorante”, Sokal, 1997, tomado de Ortega (2000).

¿Y... LA GEOGRAFÍA?

Me atrevería a afirmar que la geografía se ha mantenido a una discreta distancia (voluntaria o por imposición) de las ciencias puras toda vez que la geografía toca el ámbito de lo que definía el poder hasta hace poco: el espacio. Ha transitado o “pendulado” entre las ciencias naturales cuantitativas y las ciencias humanas, pero nunca se le ha permitido hacer raíces dentro de ninguna. Ha sido como una ciencia accesoria. Útil para alinderar los espacios de poder o los límites de la soberanía, pero inútil cuando de gobernar los espacios se trata.

Aunque es bien sabido que el Capitalismo nunca podrá involucrar al resto del mundo en la economía de mercado, la globalización es una incontenible ola que deja a su paso una profunda brecha de desigualdades e iniquidades con guetos y ciudades de cristal inmersas entre espacios colapsados y marginales. Contrastes de una modernidad que se apresta a convivir dentro de su fragilidad por las amenazas del terrorismo ideológico.

En América Latina nos pasamos la mitad del tiempo plañendo sobre nuestras desgracias y la otra mitad haciéndole eco al canto de las sirenas de la posmodernidad: el confort, la elegancia, el refinamiento que valida a unos pocos y condena a los muchos a la zozobra y la incertidumbre de un futuro trágico.

La academia debe enfocar su práctica a crear un pensamiento geográfico a partir y desde la propia experiencia y vivencia de los actores del espacio. Son muy válidas las bibliografías propuestas en los programas académicos de teoría geográfica pero el énfasis en la conceptualización a partir del pensamiento eurocentrista retarda y hasta obstaculiza el desarrollo del pensamiento autónomo del futuro maestro.

La geografía debe pensar más en lo político-económico, en lo social, en la exacción reguladora de la plusvalía, en el desarrollo desigual de las regiones, en los centros urbanos y en el equilibrio de las poblaciones para evitar las concentraciones y sus complejidades en el uso del suelo. La geografía debe pensar en construir una crítica a la condición posmoderna en lo político y cultural y de los modelos económicos impuestos por la economía de mercado. Debe criticar el enfoque tecnocrático del poder.

La eficacia de los insumos, la eficiencia de las máquinas, la renta y el rendimiento financiero no deben ser objetivos en sí y para sí, sino reflexión dialéctica que conduzca a estadios de vida digna para todos.

Hoy tendemos kilómetros de cable submarino, pasamos de una parte a otra de un continente por profundos túneles debajo del mar, represamos inmensos volúmenes

de agua, cambiamos el curso de los ríos, en fin, acometemos obras y megaproyectos, pero a nadie se le ocurre organizar la sociedad humana en el espacio. Y es que... “detrás de todo aparente orden hay un profundo desorden”.

Ya la geografía radical nos plantea que la base material define la espacialidad. Los modos de producción determinan la configuración y distribución de los espacios y sus contenidos.

No más disputas metodológicas, no más círculos académicos reclamándose el saber, el objeto y el método. Ya “la geografía - como decía David Harvey - está sobrada de datos y corta de teorías” a lo que yo agregaría... y de espaldas a la realidad.

REFERENCIAS

1. FISCHER, MARIANO, 2006 Posmodernidad y desencanto, www.monografias.com
2. ORTEGA VALCARCEL, JOSÉ. 2000, Los horizontes de la geografía, editorial Ariel, Barcelona, pp:253.
3. HARVEY, DAVID., 1983, “Teorías, leyes y modelos en geografía”, Alianza Ed., Madrid.

4. REVISTA ARCHIPIELAGO, 2003, Número 63, Entrevista a Fredric Jameson, “Posmodernidad y Globalización”, Madrid.
5. WIKIPEDIA, “Posmodernidad”.
6. REVISTA AQUELARRE, U. Nal. De Colombia, Bogotá, Anónimo sin fecha.



Descanso en la Vereda el Corazón, Rovira, Tolima, 1987



Héroes y heroínas del No Futuro, Majagual, Sucre, 1983

COLOMBIA: ¿DESARROLLO O DECADENCIA EN MARCHA?

“La economía es una ciencia lúgubre” (Thomas Carlyle). Pongo esta cita a propósito de tantos guarismos con los que alardean los estadistas y tecnócratas al culminar los períodos de cada administración, y después de tantas décadas de gobernantes venales y corrompidos. Décadas que seguirán marcando la ruta vertiginosa de un país hacia la decadencia.

Quienes desde sus casas de cristal pretenden ejercer la función pública no podrán nunca entender la pobreza y la miseria de los pueblos.

Nadie, nacido en medio de las riquezas materiales y el boato, podrá entender jamás el significado de carencia, pobreza, miseria, desamparo, frustración, exclusión o violencia. Cualquier político (servidor público) sabrá dónde ocultar billones de pesos (por solo citar una cifra ya obsoleta) producto de sus fechorías; pero la “pobrería” que va a pie no tendrá nunca un mediano cuartucho donde poder esconder tanto dinero; por eso, no son los pobres los que pueden dar razón de la corruptela afincada en lo más profundo de la avaricia del poder público, y serán ellos, los pobres, quienes carguen con los costos sociales que les heredan los saqueadores del erario.

Estos son los sentimientos de muchos colombianos humillados y ofendidos, invisibles y anónimos en sus tragedias que se quedan estupefactos ante tanto cinismo, ante tanta mentira, ante tanta sordidez acunada en las intenciones de nuestros “padres de la patria”, enseñados a brindar con champán Laurent Perrier y a usufructuar de los lujos y la riqueza mal habida.

Tantos recursos naturales, tanta diversidad, tanto territorio, pero tan poca sociedad. Tanto tiempo perdido por la rapiña de los privilegiados desde los días de la primera independencia y la Patria Boba renovada.

Tanta violencia y tanta pugnacidad de europeos, criollos y mestizos, amén de la barbarie y la ignominia de la conquista y la colonia, que no posibilitaron la construcción de una sociedad de intereses comunes. No pudieron darles forma a proyectos compartidos o a aspiraciones colectivas que permitieran construir sociedad para que, desde esa sociedad, surgieran los ideales del desarrollo integral y sustentable.

No hay sociedad, sino un extenso conteo de bajas en combate y fuera de combate (falsos positivos, desaparición forzada, etc.); gracias a las históricas guerras sucedidas desde tiempos remotos en esta patria de nadie y de todos. Pareciera que fueran muchos los motivos invocados por el conflicto interno y “eterno” pero son

contables, en los dedos de una sola mano, los motivos de la hecatombe. No hay una sociedad, hay un crisol de castas o sectores sumidos en una confrontación desigual de privilegiados y menesterosos, dando como resultado un hervidero de frustraciones, de abusos, de agresiones: unos y otros, en mayor o menor grado, girando en el carrusel de la indiferencia, de la maldad y de la mezquindad. Esta es una sociedad amañada en la anarquía, justificada en la corrupción y convocada al caos por una modernidad de pantomima y un desarrollo de inequidad si se miran con rigor las cifras y los guarismos, ya no de los economistas del desarrollismo, sino de los ríos de desamparados que pululan en las calles y en las avenidas de ciudades que avanzan sin ellos. Invisibilizados a ultranza, pero acechando desde sus covachas o desde la oscuridad de sus guaridas o desde su alucinado aislamiento.

Por eso hay quienes hablan de “zoociedad”. Porque nos movemos como bestias intentando un espacio de sobrevivencia. Los privilegiados empujados por la inseguridad y la venganza, conminados en sus “*guetos loft*” o en sus islas paradisíacas. La clase media, camino al deterioro de sus mínimos estándares de vida, también los menesterosos rechazando una segunda muda de ropa que les ofrece la caridad pública entronizada en este país de emergencias, porque no tienen dónde guardarla.

Todos reaccionando con la virulencia más indigna ante el fragor de una cotidianidad de gente desencantada, entregada al rebusque en las más nimias e inverosímiles profesiones.

Un país entregado a la rapiña de propios y extraños, de quienes tengan más poder armado o más poder de intriga y componenda. Recursos, suelo y subsuelo, servicios públicos vitales, etc., etc., en manos de oscuras corporaciones que abusan y someten a las bases de una sociedad, que se atropella abriéndose camino en una lucha por sobrevivir, a las leyes de un mercado antropofágico.

La gobernabilidad y la justicia en entredicho. Quién puede gobernar un país que transitó de la ilegalidad al cinismo más rampante, donde la fuerza de la economía neoliberal sustituye al Estado. Un Estado que desconoce los tres pilares que lo justificarían: efectividad, legitimidad y estabilidad.

Seguimos asistiendo a un escenario de frustraciones y desasosiegos por la falta de seguridad. De seguridad en el mañana, de seguridad en el porvenir. Parodiando a León Felipe: “vean este río de huesos, este río de sangre, este río de miseria...” que a su paso arrastra la dignidad de un país al estercolero de la infamia y la muerte moral. Vean estas calles del desamparo por donde vocifera su

odio la masa de a pie en la rapiña por la subsistencia. Qué dignidad les puede quedar a quienes se hartan de la ostentación, del consumismo y de la acumulación, y qué dignidad les puede quedar a quienes se lanzan al rebusque desesperado (las grandes mayorías) en esta jungla de asfalto y cemento que anuncia y promueve, con sus carteles de neón, el goce y el placer de la modernidad y las tecnologías.

Una plutocracia aborrecible y centralista, convierte a las pocas ciudades en verdaderos hervideros de indecencia y de caos. Son poblaciones para las cuales no se puede imponer unos mínimos de convivencia y orden social por cuanto no se hizo primero una ordenación espacial. Algo así como que las normas son inaplicables porque se vuelven inocuas frente a los cambios demográficos en creciente concentración.

Este país no puede aspirar al progreso y al desarrollo, entendidos en los términos del tecnicismo burocrático moderno (tecnologías, confort, consumo, educación, comunicación, justicia), porque nuestra historia está plagada de inequidades, injusticias, segregación, corrupción, improvisación, anarquía, depredación ambiental y ausencia de Estado.

No se puede pasar de la mula al *Subway* sin hacer sociedad, sin superar las necesidades básicas insatisfechas

del grueso del pueblo. Y es que esta es una sociedad sin garantías en la que hace curso, desde hace mucho tiempo, la corrupción, la anarquía y el todo vale.

Millones de desplazados por las múltiples razones harto conocidas, evidencian la deuda histórica en materia de ordenamiento territorial y planeación del desarrollo. La Región Andina y su uso intenso, la herencia hispánica vergonzosa y vergonzante de discriminación y abuso, la concentración en cuatro o cinco ciudades de un poblamiento indiscriminado y forzoso, confirman las inocuas e inútiles pretensiones de descentralizar el país.

Con los millones de desplazados que hoy reclaman alternativas de supervivencia, y con los recursos con que hoy se cuenta para asistirlos, pero mal administrados, podríamos pensar en reingeniería-país. Un país con un territorio ajustado a la existencia de una sociedad y una sociedad ajustada a un territorio sostenible y sustentable. Estoy hablando de ordenamiento de la sociedad.

Descentralizar sin revisar los “privilegios” de las grandes ciudades no es hacer patria. Pero quién, en este escenario de mercado antropofágico, de competencia agresiva, de economías subterráneas, piensa en “hacer patria”, cuando ese concepto se ha prostituido con el rebusque incansable del pan diario del 80% de la población y con

la concupiscencia o aceptación de la codicia, la ambición y la pasión.

Necesitamos nuevas ciudades, al menos diez territorios ordenados para poblaciones no mayores a un millón de habitantes, replanteando las fronteras agropecuarias con las tecnologías adecuadas que respeten el medio ambiente y los ecosistemas. Para ello será necesaria la intervención del Estado, que respete y haga respetar las zonas de amortiguamiento y reserva, los parques naturales y demás ecosistemas vitales y canalice recursos para formular y adelantar planes integrales de ocupación y uso adecuado del territorio y la preservación del patrimonio cultural ancestral.

Tres puertos estratégicos en el Océano Pacífico, Chocó, Nariño, Antioquia; tres nuevas ciudades en el piedemonte llanero, generando espacios ordenados donde puedan asentarse todos los actores del proceso económico, participando en la construcción de hábitat bajo la norma y el método de la planificación del territorio y la geografía moderna, que ya cuenta con una larga trayectoria en diferentes partes del mundo. Descongestión de los tradicionales centros urbanos que hoy concentran más del 75% de la población y que superan los umbrales de ocupación.

Revivir el proyecto de la Marginal de la Selva, corredor multimodal que integre tres países y conecte dos océanos. Por supuesto un megaproyecto con enfoque medioambientalista que encuentre convergencias justas entre las necesidades locales con una agenda ambiental global.

Hace treinta años pude vivenciar los problemas en la región de La Mojana sucreña. Hoy esos problemas son peores si se tiene en cuenta que la desatención de esta zona estratégica es de siglos. Los recursos que se destinan para mitigar los efectos de la ola invernal sumado a la deforestación y las malas prácticas en las laderas aguas arriba del Cauca y el Magdalena, se pierden o por acción de la corrupción o porque el problema medioambiental ha desbordado la capacidad de intervenir para corregir.

Es un problema de explotación intensa de la región andina, sometida desde hace quinientos años a la más inmisericorde depredación, siendo su geología, su sismicidad, la calidad de los suelos, ecosistemas y procesos erosivos mucho más vulnerables, frágiles y sensibles.

El Tren Trinacional Transoceánico, centros agropecuarios, refinerías, producción de alimentos, textiles, integración vertical de la cadena de valor en su origen hasta su transformación, para disminuir el

movimiento de materias primas, productos y subproductos y hacer más eficiente el uso de una red vial que no crece al ritmo necesario por las características de la topografía y de la corrupción, entre otros fenómenos.

Millones de puestos de trabajo en los sectores primario y secundario de la economía, conservando en los altiplanos de la zona andina (ciudades actuales) toda la actividad terciaria, articulada y en red con la nueva “periferia”. Servicios financieros, gobierno, gestión de recursos e intercambios. No podemos seguir cargando una red vial insuficiente, movilizand o materias primas y sus desechos cuando en los mismos centros de origen se podrían transformar y acondicionar ahorrándose una enorme cantidad de recursos, disminuyendo impactos ambientales y generando riqueza.

El tema de la reconfiguración territorial y el ordenamiento o planificación del espacio ha sido objeto de mucha reflexión desde la academia, pero no desde las ciencias del Estado ni desde la función pública. Y es que cuando de ordenar el territorio se trata, se debe abordar la penosa tarea de desenmascarar a los especuladores del suelo y a quienes ejercen perversas pero ancestrales prácticas de apropiación y depredación del territorio colombiano.



Postal Foto Tito



Páramo de Toquilla, héroes y heroínas del No Futuro, Boyacá, 1984

ORDENAMIENTO TERRITORIAL: UNA APROXIMACIÓN EN EL ÁMBITO LATINOAMERICANO

*“hoy ya no se trata de alcanzar el cielo sino de salir
del infierno” William Ospina.*

RESUMEN

Este ensayo aborda de manera muy superficial el tema del ordenamiento territorial tanto en su conceptualización como en su aplicabilidad, en los ámbitos nacional y latinoamericano. Sugiere una respuesta a la inquietud de los espacios complejos que han de ser ordenados y plantea unos referentes históricos que podrían explicar las dificultades en la práctica de esta disciplina.

INTRODUCCIÓN

Recientemente alguien me preguntó si era más fácil hacer ordenamiento territorial (Planificar) en una ciudad como Estrasburgo (Francia), o en una como Villavicencio (Colombia).

Pensé que para contestar esa pregunta bastaría con acudir a un texto especializado en el tema y aplicar una de las metodologías allí expuestas con suficiente detalle e implementada seguramente ya con éxito.

Es el caso de Estrasburgo, ciudad francesa que, en 1973, a partir de un diagnóstico, se planificó a un plazo de 30 años. Hoy, cumplido ese plazo, se comprueba que los objetivos y alcances propuestos por los planificadores en 1973 se han ejecutado en cerca del cien por ciento.

Pero no me parecía responsable responder esa pregunta con una simple exhortación a aplicar las técnicas de planificación que, por cierto, abundan en la literatura especializada como quedó dicho, sino que preferí dar la respuesta después de algunas revisiones bibliográficas y de algunas reflexiones sobre los conceptos, metodologías y alcances del ordenamiento territorial discutidos en las academias.

Me cuestioné entonces si para acercarme a una respuesta debía considerar las características físicas y bióticas de tan diversos espacios, o la habitabilidad de sus climas, las relaciones humanas y sus visiones de mundos posibles.

Este trabajo se propone demostrar que no existe un modelo de ordenamiento territorial, sino que esos modelos son tan diversos como los espacios que habitamos.

CONCEPTO

Para ingresar al tema central de este ensayo sobre Ordenamiento Territorial, se hace a continuación una reflexión sobre la naturaleza del concepto de espacio y poder, elementos que definen territorio como objeto de investigación y estudio, con miras a plantear su ordenación o planificación.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO

Según Méndez (1988), el espacio es un “conjunto articulado de elementos naturales, económicos, sociales y políticos, ordenados, es decir, sometidos a una lógica en su distribución y organización e interrelacionados entre sí, funcionalmente, a diversas escalas jerarquizadas, que formalizan unas determinadas estructuras espaciales cambiantes en el tiempo”.

El hombre y su comportamiento está contenido en el espacio geográfico. El espacio es el soporte físico y vital porque en él actúa y en él están los recursos que le garantizan la supervivencia a través del tiempo. El hombre establece relaciones con su prójimo ya por proximidad o por comportamiento, lo cual le plantea conductas de interacción o comunicación condicionadas a ciertas normas o patrones que van configurando una red sinérgica entre los miembros del grupo.

Esta configuración de normas, criterios y jerarquías se inscriben en una estructura comportamental que valida la actuación de cada uno de los miembros y que los identifica con una cultura-ideológica. Esto es que comparten unos patrones para idear, concebir, imaginar y actuar sobre el espacio y en el espacio.

En esta dinámica de relación social y conforme las sociedades primarias van adquiriendo estructuras más complejas por factores que van sumando en su quehacer cotidiano (producción y reproducción de bienes y necesidades, entre otras), hay quienes se adaptan y hay quienes tienen dificultad adaptativa.

La disparidad se resuelve a través de la jerarquización de los miembros y la conformación de órganos que controlan, regulan y ejercen poder para mantener un principio de previsión y de reproducción de las condiciones sociales alcanzadas. Surgen así estructuras de poder que se legitiman por sí mismas o a través de algún otro medio como el electoral.

La relación entre los miembros de la sociedad tiene un carácter asimétrico por naturaleza, por lo que el poder establece unas condiciones mínimas de relación, imponiendo obediencia a quienes por sí solos no accionarían en concordancia con lo planteado a un colectivo. Esto es que el poder es una relación coacción-

sumisión, coacción-obediencia, sin que necesariamente medie la violencia.

Como la sociedad se mueve en diferentes ámbitos, “...Cada ámbito configura un campo de poder: el campo del poder político, el campo del poder económico, el campo del poder ideológico-cultural, a los que debemos añadir el del ámbito del poder territorial” (Sánchez, 1992: 28), llámense Estado, empresa, iglesia o justicia.

Creo, en este punto, que, si bien puede hacerse tal diferenciación, estos ámbitos de poder cohabitan y actúan de manera sincrónica como un todo, pero transversalizados por un claro interés de concentrar un poder hegemónico en el que lo económico adquiere la única preponderancia. No obstante, es el poder político y su estructura el que hace funcionar la sociedad en su conjunto dentro de un espacio geográfico más o menos definido que se denomina territorio.

LA REPERCUCIÓN EN EL ESPACIO

Borja (2005), nos explica cómo el Estado surge de la unión de una serie de áreas geográficas en las que actúan modelos organizacionales de la sociedad, que conforman núcleos territoriales y estructuras políticas que organizan el territorio en unidades espaciales de carácter nacional, federativo, regional, autonómico, etc.

Sabemos que no existe Estado sin territorio. En las sociedades prehistóricas, la apropiación del espacio obedecía exclusivamente a las necesidades de supervivencia y sostenimiento vital, transformándose el territorio de manera espontánea, en una simbiosis geofísica, geobiótica y geo-antrópica. Pero las herramientas, los utensilios y el desarrollo de técnicas, procuraron la reproducción del trabajo, la ciencia y las estructuras sociales y políticas que comenzaron a actuar, con visión de conjunto, para articular los territorios (espacios alinderados) dentro de una dinámica de convivencia y aprovechamiento de los diferentes recursos en el espacio. Para este propósito se jerarquizó y categorizó según las propiedades o atributos físicos y sociales particulares y se le dotó de infraestructuras de conexión, servicios, vivienda, reservas, etc.

Así las cosas, el espacio adquiere su definición como entidad ordenada por las fuerzas que actúan sobre él, ya sean estas, físicas, bióticas y antrópicas.

Actuando directamente sobre el territorio, el poder político que administra lo público es finalmente un conjunto de instituciones que actúan para reproducir ese poder.

El ordenamiento territorial es pues un proceso sistematizado de acciones y políticas aplicadas sobre el

espacio, por la estructura de poder, con miras a conseguir desarrollo equilibrado de lo que está contenido en ese territorio. Esta definición es una síntesis que contiene conceptos de diversas fuentes sobre esta materia (Massiris, 2005: Tabla 1.; 16)

El Estado, quien ejerce el poder a través de su estructura política e institucional, actúa sobre el territorio tanto para compartimentarlo como también para jerarquizarlo, ordenarlo o planificarlo, con lo que consigue una mayor eficacia en su gestión, legitimidad en su poder y altos niveles de gobernabilidad entendida como la posibilidad de ejercer el poder con eficacia.

CARACTERÍSTICAS DEL ORDENAMIENTO TERRITORIAL

Como queda dicho el ordenamiento territorial es una misión del Estado. Es el Estado el gestor y ejecutor de las políticas, planes y proyectos que planteen los espacios en los que transcurra la vida de manera armónica.

Pero el ordenamiento territorial debe invocar la tradición del colectivo (historia, cultura, uso, costumbre) y su participación para que de ellos mismos resulte la habitabilidad de sus espacios.

En sí mismo el ordenamiento territorial posee unas cualidades (Massiris, 2005: 21):

- Es una gestión coordinada
- Es un proceso planificado
- Es un proceso democrático
- Es un proceso prospectivo y estratégico

Por otra parte, los nuevos enfoques del ordenamiento territorial le asignan unos rasgos metodológicos de flexibilidad y enfoque sistémico en el tratamiento de los problemas territoriales, interdisciplinariedad y participación de los diferentes actores ya sean expertos, no expertos y comunidad en general, habilidad para gestionar aún en el desorden y, finalmente, capacidad para planificar a diferentes escalas y dimensiones.

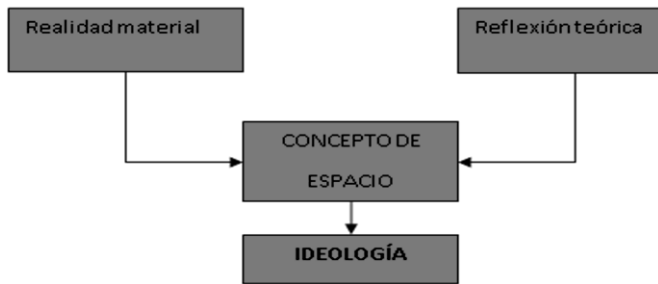
El ordenamiento debe ser integrador y articulador de todos los componentes de la realidad, por lo que hoy aplicamos esta gestión a asuntos diversos como manejo de cuencas hidrográficas, configuración de redes viales, integración de sectores productivos, protección de áreas vulnerables, habitabilidad de los espacios y en general a todos los componentes de la vida de la comunidad y sus entornos.

TEORIA ESPACIAL Y DESARROLLO
SUSTENTABLE

Comenzaré por invocar el término Desarrollo Sostenible “contenido en la Declaración de Río de Janeiro de junio de 1992 sobre Medio Ambiente y Desarrollo” (República de Colombia, Ley 99 de 1993).

Si bien es cierto hemos avanzado en la concepción del espacio a partir de la geografía clásica, física y descriptiva que tiene por objeto el de localizar, la geografía moderna nos ha conducido a la definición del espacio en términos de relaciones sistémicas ubicadas en el tiempo y en la que el espacio no es solo el continente de los elementos sino el producto de la percepción, actuación e interrelación de un “agregado complejo, que incluye un determinado volumen de población y actividades, una morfología y funcionalidad características, una estructura de clases, etc.” (Puyol, 1988).

Véase en la fig. 1, tomada de Puyol, (1988: 11), cómo se concreta en el tiempo la idea del espacio como resultado de la realidad a la luz de la reflexión teórica. De allí la asunción de una ideología que trasciende a lo cultural, lo político, lo ético y lo emocional; y a una reproducción y generalización de esos idearios.



Origen y evolución del concepto de espacio geográfico

Por otra parte, la organización de los espacios como propósito humano, implica la definición de unos principios fundamentales (Massiris, 2005: 40).

Diversidad

Polifuncionalidad potencial y mono funcionalidad efectiva

Contracción-Expansión

Vecindad

Umbral

... en su conjunto referidos a las características particulares de los elementos y sus contenedores, lo mismo que a sus interdependencias, que hacen que la interpretación y ordenamiento del espacio guarde una rigurosa particularidad para unos y otros.

Por otra parte, el desarrollo sustentable resulta ser una ideología política que invoca la corresponsabilidad de los sectores del poder en la búsqueda de niveles de satisfacción de necesidades, en concordancia con los recursos y con los escenarios futuros de vida en el mundo.

Desde hace un par de décadas el desarrollo sustentable es tema central en los diferentes foros multilaterales y ha suscitado una creciente inquietud en los gobiernos y aún en organizaciones no gubernamentales que se han convencido de la importancia de la biodiversidad, de su fragilidad, de las implicaciones en la salud humana y de la reciprocidad de conservar la naturaleza fuente y matriz cósmica de nuestra propia existencia.

El avance de las ciudades y la presión sobre los espacios confrontan las visiones de futuro de las sociedades, formulándose inquietudes que ponen sobre una balanza escenarios complejos, por un lado, y acciones de planificación, por otro lado, que respondan a las nuevas concepciones de racionalidad en el uso y aprovechamiento del territorio y sus contenidos.

No obstante, en este campo también serán las estructuras del poder, más o menos permeadas por los intereses transversales de la renta y la concentración del capital, las

que definirán los alcances y objetivos específicos de cada acción que busque desarrollo sostenible.

Será “... la tecnología y capacitación para administrar la biodiversidad lo que nos salve del sometimiento a países desarrollados” dice el Instituto Humboldt en Diario El tiempo, viernes 15 de junio de 2004.

ALCANCES EN LO ECONÓMICO POLÍTICO Y SOCIOCULTURAL

Como ya se mencionó en un aparte anterior, el ordenamiento territorial es una política de estado y, según Boisier (1998, citado por Massiris, 2005: 18), es a través de las estructuras del poder del Estado como se adelantan los procesos de planificación y ordenamiento ya que, teóricamente, son esas estructuras las que interpretan el sentir nacional dentro de los conceptos de equidad, justicia y equilibrio social.

Ante la ausencia de un estado fortalecido en su legitimidad, en sus posibilidades de llevar a buen fin sus políticas sociales y de interés general, serán las fuerzas privadas, caracterizadas desde siempre por la práctica rentista y de concentración de capital, las que se adelantarán a las aspiraciones sociales del colectivo.

Ha existido en Colombia y Latinoamérica una práctica generalizada de desfigurar los valores culturales, la

autenticidad y la autonomía de nuestro territorio; incubándose, a través de 500 años de colonialismo y neocolonialismo, una visión euro-centrista en la que la implantación de los modelos socio-económicos, culturales, religiosos y éticos se arraigaron profundamente, gracias entre otras razones, a la transmisión genética, originada por el entrecruzamiento de las razas en Suramérica, y a la imposición de modelos culturales e ideológicos.

Me dirán que los nativos norteamericanos no presentan esa característica. ¿Qué sucedía al norte del Río Grande? He de contestar que los territorios de la América del Norte y los grados de ordenamiento incipientes que para la época encontraron los conquistadores no eran ni un asomo de lo que encontraron en Mesoamérica y Suramérica. Las prácticas primitivas de caza, pesca y recolección eran todavía la actividad de esas sociedades que por su localización geográfica y por los niveles poblacionales, fueron fácilmente dominados y exterminados, por lo que el mestizaje no se dio en los niveles que se dieron al sur, esto es, que lo que creció allá fue un nuevo mundo europeo.

Los “Estados-Imperio” precolombinos, asentados por debajo del río Grande: Taironas, Olmecas, Incas, Tiahuanaco, Aimaras, Quechuas o Chibchas, poseían estructuras sociales milenarias, religiones, lenguas y

sistemas de producción en los que la ciudad, el centro ceremonial y demás elementos que constituyen hoy ordenamiento y planificación de los espacios, ya eran una práctica.

Al respecto se puede leer en Silva (1986: 244), respecto a la organización del tributo en el imperio inca:

“Con el objeto de hacer más fácil la tributación, los cuatro suyos del imperio estaban divididos en ayllus y estos, a su vez, en grupos de 10 a 10.000 individuos. Al frente de cada uno de ellos se encontraba un funcionario fiscalizado por el superior inmediato. ... Un sistema de tal naturaleza obligaba a mantener una serie de censos totalmente al día: población, número de familias, jefes de familias, tierras agrícolas, ganado, etc. Dicha labor le correspondía al quipucamay, quien disponía solo del quipu para llevar tales contabilidades”.

El quipu estaba formado por cuerdas de lanas de diferentes colores y espesores. Nudos de colores y gruesos variables, representaban números ordenados de acuerdo con el sistema decimal. También se les utilizaba para rememorar acontecimientos, lo que les permitió un medio de escritura ya reconocido.

CONCLUSIONES

Aunque lo hasta aquí expuesto plantea un determinado sesgo en la definición de los alcances del ordenamiento territorial en Latinoamérica, vale la pena aclarar que los modelos de planificación foráneos deben servir de fuente para la creación de nuestros propios principios de ordenamiento y planificación. Deben ajustarse y adaptarse a los escenarios reales y realizables de nuestra territorialidad. Deben buscar la integración de los diferentes sectores en el tránsito hacia el desarrollo y la competitividad que nos imponen los nuevos retos de la globalización.

Latinoamérica ha transitado secularmente por senderos de desarrollo desequilibrado y no muy definidos en razón a la disparidad conceptual de sus estadistas, a la visión tecnocrática del poder político y a las presiones que sobre sus territorios ejercen las economías de mercado impuestas por los países industrializados. Hoy, los bloques comerciales son la meta para alcanzar por una y otra fuerza, configurándose así una geopolítica en la que las alianzas y tratados comerciales entre países garanticen una relativa estabilidad y desarrollo.

Actualmente en Latinoamérica se vive una ruptura en el alindamiento de algunos países con el centro geopolítico estadounidense, fruto, quizás, de las reacciones a modelos económicos impuestos por el neoliberalismo en marcha hace algunas décadas, que han

derivado en enormes contradicciones en el sur del continente. El mercado hemisférico, “amenazado” por la incursión de los países orientales en estas latitudes, reacciona proponiendo tratados comerciales que limitan nuestro desarrollo económico y que contradicen la filosofía de libertad que tanto profesa el mundo occidental.

Esta relación indisoluble durante más de un siglo con lo Estados Unidos guarda estrecha relación con la dinámica de desarrollo de los países al sur del continente.

Los Estados Unidos, que crearon una gran nación, pero con raíces típicamente europeas, heredaron las mismas taras de sus ancestros respecto de creer en la inferioridad de ciertas razas y el condicionamiento de la capacidad del desarrollo según las raíces étnicas. Aunque construyeron una nación rica, mil veces rica, finalmente ella es el fruto del trabajo y la sangre de millones de inmigrantes europeos que llegaron allí a resolver lo que en Europa era insoluble para entonces: la miseria, el hambre o la indigencia.

Ya los europeos que nos encontraron, no que nos descubrieron, relacionaban nuestra desnudez a lo que se entendía en Europa como una condición de indigencia, de persona que no tiene nada. Pero, irónicamente, lo que teníamos era mucho más de lo que se llevaron.

Mantenemos aún ese mestizaje, esa raza “intermedia” que nos impulsa a mantener un por qué en la garganta (Ospina, 2004: 63).

Hoy enfrentados a las nuevas corrientes del mercado, avanzamos peligrosamente hacia otro mestizaje cultural, otra hibridación ya no tanto racial como conductual de asumir la vida en un escenario virtual gracias a la implementación de la cibernética y al anunciado posmodernismo o capitulación intelectual de la humanidad.

Relaciones siempre marcadas por la imposición de modelos cuyos contenidos y alcances no siempre guardan proporción con los principios de igualdad y soberanía, sino que parten de la concepción de subestimación de nuestra raza mestiza, originada desde siempre no solo por nuestra condición de desnudez a la llegada de los españoles que peyorativamente nos señalaron como indígena (indigente), o caníbal (caribe) sino a las deformaciones respecto a nuestras creencias religiosas y a nuestras prácticas de culto espiritual o a través de la popularización de términos como tercermundismo, *back yard*, o Sudamérica (Fernández, 1973: 17).

Estos condicionamientos o premisas respecto de nuestra calidad étnica, laboral e intelectual han sido el arma propiciatoria para proscribirnos ante el mundo.

Las fronteras se cierran y las brechas encienden, cada día con más virulencia, las manifestaciones en contra de la segregación, la marginalidad y el aislamiento. Como bien lo expone Apolinar Díaz-Callejas (Separata Revista Número, 1997):

“Se dirá que todo esto es cosa del pasado, que ningún país puede vivir del pasado, que la historia muestra que los mortales enemigos de ayer son los grandes amigos de hoy. Eso es cierto en parte, porque para llegar a la convivencia actual los adversarios de ayer comenzaron por reconocer sus errores y crímenes de guerra. La paz y la convivencia de hoy son el fruto del recuerdo de los agravios del pasado para que no se repitan”.

BIBLIOGRAFÍA

Ahumada, Consuelo ((2002), El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana, El Áncora Editores, Bogotá.

Arbeláez Cano, Arturo (1991), “Monteleón...Domado”, en: Revista Quehacer Cultural, Año 6, No.57, febrero, pp. 4 - 5, Publicación del Comité de entidades culturales de Manizales.

Barney Cabrera, Eugenio (1977), *Transculturización y mestizaje en el arte en Colombia*, Bogotá.

Bordes, Francois (1972), “La vida cotidiana en la Era de Piedra”, en: *El Correo de la UNESCO*, año XXV, pp. 14 – 19.

Borja, Miguel (2001), “Los nuevos y viejos escenarios del ordenamiento territorial en Colombia”, en: *Espacio y Territorio, razón, pasión e imaginario*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Borja, Miguel, Nieto, Angélica y Fals Borda, Orlando (2005), *El gobierno en Colombia, Territorio y Cultura*, Escuela Superior de Administración Pública, Tomo 1, Serie Gobernabilidad y Territorio. Primera Edición. Bogotá.

Congreso de la Republica de Colombia (1993), *Ley 99 de 1993*. Momo Ediciones, Bogotá.

Cuervo, Luís M. (2001) “Balance Preliminar y Perspectiva de los Estudios de Geografía y Política Económica Regional en Colombia”, en: *Espacio y Territorio, razón, pasión e imaginario*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Espinosa, J. y Sánchez, O. (2001), “La importancia del ordenamiento territorial en la integración, la

competitividad y el desarrollo”, en: Espacio y Territorio, razón, pasión e imaginario, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Estébanez, José (1990), Tendencias y problemática actual de la geografía, décima reimpresión, Editorial Cincel, Cuadernos de Estudios, Serie Geografía, No.1, Madrid.

Eyerbe, Luís Fernando (2001), Los Estados Unidos y la América Latina, La construcción de la hegemonía, Premio Casa de las Américas, La Habana.

Fals Borda, Orlando (2001), Kazyadu, Biblioteca Vértices colombianos, Editorial Desde Abajo, Bogotá.

Fals Borda, Orlando (2003), Ante la Crisis del país, Ideas-Acción para el cambio, El Áncora Editores, Panamericana Editores, Bogotá.

Fernández Retamar, Roberto (1973), Calibán: apuntes sobre la cultura de nuestra América, Editorial La Pléyade, Buenos Aires.

Hauser, Arnold (1979), Historia social y económica de la literatura y el arte, 5ª Edición, Editorial Guadarrama, Barcelona.

Leroy-Gourham, André, (1972), “De cuando el arte iluminó las cavernas”, en: El Correo de la UNESCO, año XXV, pp.30 – 39.

Massiris, Ángel (2003), “Políticas Latinoamericanas de Ordenamiento Territorial Realidades y Desafíos”. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras – Instituto de Geografía. México, D.F.

Massiris, Ángel (2005), Fundamentos conceptuales y metodológicos del Ordenamiento Territorial, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Colección Investigación, Tunja.

Medina, Medófilo (1997) “La crisis política 1994-1996”, Revista Número No. 12, Bogotá.

Méndez, Ricardo (1988), “El espacio de la Geografía Humana”, en : Rafael Puyol, José Estébanez y Ricardo Méndez, Geografía Humana , Ediciones Cátedra, S.A., Madrid, pp. 9-50.

Ortega Valcarcel, José (2000), Los Horizontes de la geografía, Teoría de la geografía, Ariel Geografía, Barcelona.

Ospina, William (2004), América Mestiza, El país del futuro, Aguilar Ediciones, Bogotá.

Pujadas, Romá y Font Jaume (1998), Ordenación y planificación territorial, Editorial Síntesis, colección Espacios y Sociedades, No.8, Madrid.

Sánchez, Joan-Eugeni (1992), Geografía política, Editorial Síntesis, S.A., Madrid.

Separata Revista Número No.14 (1997), “Relaciones Colombia-Estados Unidos: estado actual y perspectivas”, con textos de Luis Jorge Garay, Daniel García-Peña, Juan Gabriel Tokatlian, Antonio Morales R., Apolinar Díaz Callejas, Pierre Gilhodes y Carlos LLeras de la Fuente, Bogotá.

Separata Revista Número No.9 (1996), “Colombia: el proyecto nacional y la franja amarilla”, por William Ospina, Arte Dos Gráfico, Bogotá.

Silva, Oswaldo (1986), Prehistoria de América, Editorial Universitaria, Colección el saber y la cultura, 6ª. Ed., Santiago de Chile.



Guaranda, Trillando arroz en la Mojana sucreña, 1983

LA HERENCIA URIBISTA

La demagogia, el abuso del poder, el cinismo indolente y descarado y la corrupción generalizada es el legado social y cultural que nos deja este presidente eterno doblemente padecido e irresistiblemente vigente. Lo más triste es que todos participamos en este tráfico de mentiras, de odios recíprocos y de inmoralidad. ¿Se acerca el fin del espejismo?

Esta crisis de valores, esta enfermedad moral ha alcanzado niveles apenas sospechados en la víspera, orquestados por una sociedad que clama aún salidas democráticas.

Todos tenemos razón... ¡que viva la anarquía! Es la sentencia que pareciera hacer carrera en un país en el que apenas se insinúa en el papel un “contrato social”. Si robo es por la necesidad de proveer lo necesariamente básico o lo tristemente ostentoso en medio de las miserias. Si miento, si agredo, si abuso, estoy asumiendo la actitud que reclama el colectivo en la lucha por sobrevivir.

Uribe nos deja un estado paramilitar. Alrededor del establecimiento armado se concentra la más grande cifra del presupuesto nacional. Este se alimenta del dinero público y de sus propias empresas productoras y

reproductoras de su poder y de su corruptela. Escuelas militares, colegios militares, academias militares, universidades militares, industrias militares, Hospitales militares, almacenes militares y detrás de todo esto la más aborrecible práctica de la inmoralidad.

Con Uribe deterioramos infinitamente la dignidad de esta sociedad y dejamos en entredicho la naturaleza de la condición humana. Porque la dignidad es una condición humana que nos identifica socialmente pero que, merced a la demagogia cotidiana en todos los órdenes y todos los contextos, se diluye en impotencia y sumisión, en desencanto e indiferencia.

Uribe ratificó la inmoralidad de una clase política sempiterna, apoltronada en sus curules desde donde maniobran sus haciendas, sus ganados, sus empresas, sus inversiones en una carrera sicótica de concentración de la riqueza.

Miren estos “varones” de la política que durante décadas han usufructuado lo público y no han aportado nada a la democracia y a la configuración de una sociedad en armonía. Los Valencia, los Echeverri Correa, los Gerlein, amén de todos los “santos políticos” rapaces y venales que confirman que la política es la profesión más lucrativa, y la función pública, la más oscura de sus guaridas. Que la política no reclama diplomas o títulos

académicos a sus oficiantes sino maniobras y esguinces intelectuales. Que no reclama certificados de idoneidad, de ética y de moral, sino un discurso mentiroso.

La política de Uribe con su mesianismo, su inflexible imposición y su enfermizo belicismo no concilia, impone. Conmigo o contra mí: es su sentencia. En un unanimismo parecido a la dictadura más recalcitrante.

Hechos evidentes lo condenarían: falsos positivos, manipulación de referendos, socios políticos y de otros pelambres, nepotismos, imposturas telefónicas y personales, extradiciones antes que justicia, verdad y reparación, persecución a periodistas y comunicadores, chuzadas, corrupción, recompensas, beneficios a terceros y a propios...y un largo etcétera.

Hábil en maniobras y manipulaciones, en conspiraciones y componendas, en encuentros por la puerta trasera con personajes no menos siniestros que sus propios colaboradores que le hablan al oído. Acucioso en labores de clonación de donde surgen sus copias, sus émulos, sus multiplicadores más cercanos a la estulticia que a la idiotez (Andrés Felipe, Duques “o” Obdulios,). Modelos de vicios intelectuales que ignoran el rigor de la ciencia política y de la misión de la función pública.

Línea invisible: en su discurso, la demagogia y el cinismo pugnan por ganarse el primer puesto. Allí hacen nido los “próceres” que desean ser colgados también en los grandes salones como ilustres actores en la feria de la hecatombe. Lagartería criolla; los saca micas le visten la iglesia para que él oficie su misa negra.

Pobreza, miseria, desplazamiento forzado, desorden espacial, desorden moral y ético, incertidumbre, recesión económica, crisis institucional, inseguridad popular, desencanto social y terror en campos y ciudades. Pánico ante la falta de garantías para la vida, para el trabajo, para la educación, para la salud, para el ahorro. Aislamiento hemisférico, satanización ante el mundo. Pauperización de las grandes ciudades orquestada por un centralismo utilitarista e indecente.

Pauperización del campo propiciada por el miedo a quienes tienen la pistola más larga y la codicia más terrenal. Oleadas de miserables deambulan por las calles rotas de ciudades contrastadas por la opulencia y la miseria en una connivencia fatal y desvergonzada.

Miles de personas empujadas a la pobreza y otros tantos millones amenazados por el desempleo, la impunidad, la delincuencia, la ilegalidad. Un Estado alcabalero, especulador del suelo, del hogar, del trabajo, de la cuenta de ahorros, del espacio público. Engordando las arcas del

sector financiero con los pocos recursos del pueblo para que sus banqueros puedan figurar en la prensa por sus inconmensurables ganancias o por sus nimios actos de caridad.

Feriendo los recursos naturales, promocionando el agua embotellada en vez de promover la infraestructura y la cobertura de servicios básicos o velando por la conservación ambiental.

Estuvimos a punto de despertarnos. Bastó el fallido intento de una tercera reelección para que nos quitaran este peso de encima que intimidaba a la crítica y al debate. Las Cortes no se arrodillaron y prefirieron el choque de trenes a la complacencia cómplice. Así las cosas, quienes tuvieron que callar por largos años remueven hoy los vericuetos de la perfidia y la componenda con que se armó el espejismo que tuvo sumido al país en la embriaguez de una tal “seguridad democrática”, término despectivo y ofensivo cuando seguridad alimentaria, seguridad en la salud, seguridad en la educación apenas son los rótulos de un gobierno de mano armada y corazón apasionado.

Estamos a punto de despertarnos nuevamente con la demanda popular de verdad, justicia, reparación y no repetición gracias a un proceso de paz firmado que, aunque bloqueado e incumplido por los fanáticos del

uribismo y sus cortesanos, todavía respira y avanza hacia el desenmascaramiento del innombrable.

Esta es la herencia de Uribe, una profunda debacle social que en ocho años de gobierno y otros de “leguleyismo” tocó fondo: ni se acaba la guerra, ni se conoce la verdad, ni la justicia, ni la reparación de tantas víctimas del paramilitarismo y el narcotráfico.

Ni se regresa al campo donde ya no están las tierras de los amenazados por el fuego cruzado o por los terratenientes de escritorio y curul. Irrespeto a la soberanía de los vecinos, cierre de mercados con socios estratégicos, desplazamiento forzado; soledad, miedo y miseria en los campos, ciudades inviables por el cúmulo de complejidades que conlleva la superpoblación y la improvisación de políticas de emergencia antes que políticas de planeación o de ordenamiento social y territorial.

Esta es la herencia de la que pocos réditos nos quedan. Será como levantarnos de entre las cenizas echando mano de la esperanza y la Fe en Dios. Porque veníamos mal, es cierto, pero la oscura historia patria se convirtió en ave negra con las “perlas de Uribe”. Démosle paso a los ofendidos, quizás por ellos conozcamos la verdad completa.

Revisemos los extensos “prontuarios” de este siniestro personaje que se publican en las redes. La gran mayoría de ellos fundamentados en cuidadosas investigaciones periodísticas nacionales y extranjeras, y documentados por testigos y testimonios de actores confesos y condenados que hicieron parte del entramado delictivo que prosperó y se entronizó en una sociedad de complacencias, y nos quedó como herencia maldita, desde los tiempos de la Aeronáutica Civil en cabeza del innombrable.

El cinismo de Uribe no tiene nada que ver con la escuela de los cínicos cuyos fundadores Diógenes de Sinope y Antístenes, están convertidos en piedras viejas en Grecia, pues controvertían con la corrupción y el mal gobierno de su época.

El cinismo de Uribe y sus áulicos es una degradación de la ética y la moral, es la desvergüenza de negar la evidencia y la prueba incontrovertible, aunque la padezcan en su propio corazón, es la sonrisa displicente o complaciente pero no la sonrisa de la serenidad del alma.



Desplazamiento forzado, No Futuro, Granada, Meta, 1984 y hoy



Amamantando el futuro, Achí, Bolívar, 1983



La ceiba, Gigante Huila, 2018

SÍ A LA PAZ, PERO A MI MODO: PARODIANDO LAS VOCES DEL CINISMO.

La paz es un estado social de convivencia donde prevalecen la armonía, el entendimiento, la inclusión, el respeto, la equidad y la justicia. Lo contrario es el caos, la guerra: un estado en el que la sociedad vive el miedo, la zozobra, la tragedia, el hambre, la persecución, el dolor, la pérdida, la ignominia de quien ejerza el poder movido por el odio y el deseo de destruir o causar daño al oponente. Esta no es una sentencia o una advertencia o una amenaza como muchos despistados creen. No, es una verdad de a puño, incuestionable, indubitable. Por eso es por lo que, afortunadamente, al otro lado de la opinión obstinada y maquiavélica de los titiriteros, hay personas con la suficiente cordura para entender estas evidencias palmarias.

Hablar de paz es hablar de ausencia de violencia. Hablar de guerra es citar y enumerar las acciones del combate. Y peor aún, los guarismos y los histogramas de los caídos, los mutilados, la destrucción, la ruina material y mental de actores y espectadores del drama.

¿Por qué existen y coexisten estas dos condiciones humanas? ¿Por qué los seres humanos, desde sus remotas existencias, han recurrido a la guerra, a la confrontación, a la violencia, a la muerte, al exilio, a la

persecución, a la miseria, a la humillación, a la reducción del uno por el otro bajo la opresión, bajo el castigo, bajo la inclemencia de las armas? ¿Por qué el mito de la guerra, la antropofagia, la violación, la esclavización, que le dan fuerza a las reflexiones equivocadas sobre la barbarie y el primitivismo: reduccionismo inaceptable cuando miramos un paisaje prístino e intacto con sus contenidos en equilibrio y evocamos la teoría rousseauiana del buen salvaje? Es más, hoy por hoy, el reclamo ambientalista cosecha sus razones y confirma el inmenso deterioro que venimos haciéndole a los ecosistemas y que nos condena a revisar las teorías del desarrollismo y el “progreso” de la raza humana.

Después de un millón de años el hombre transitó desde una prístina condición de vida en armonía con un ecosistema virginal, a la convivencia socializada y “civilizada” por cuenta de la evolución. Se refinaron las herramientas, las técnicas. Se conquistaron y se ocuparon más territorios. Se intervinieron y se construyeron paisajes antropizados que institucionalizaron las posesiones.

Desde allí la paz ha sido una dimensión existencial en discusión y negociación. Las inclemencias del tiempo, las estaciones, los eventos naturales, las hambrunas, la presencia de fieras y de creaturas que amenazan la propia supervivencia del hombre, y el mismo hombre en su

constante búsqueda, han sido el pretexto para mantener una convivencia en crisis. Una incesante disputa, una constante lucha para conquistar el éxito, el confort, el sueño, el reposo, la armonía, la equidad, la dominación ideológica o territorial.

El estado de confrontación bélica, entendido como un estado de conflicto entre dos o más fuerzas que convergen en la violencia psicológica o física, mediante el uso de la fuerza individual, colectiva o instrumentalizada por poderosos garrotes, cilindros de gas o armas tecnológicamente refinadas, es una incubadora de odios recíprocos. Los implicados directos buscan defender sus posiciones, sus posesiones, sus ideologías, sus intereses, sus cosmovisiones y sus visiones existenciales de cualquier modo o sea con el “todo vale”.

La guerra de los treinta años en una Europa de minúsculos reinos en el siglo XVII, los cientos y miles de guerras padecidas por la humanidad en sus diferentes estadios y procesos históricos. El asesinato, la retención, el secuestro, la violación, el trabajo forzado, la tortura, el miedo, la barbarie practicada en los campos de concentración nazis, los Gulags, Abu Grahib. Uno y otro bando, aplicando los peores procedimientos de exterminio contra enemigos declarados o inocentes, contra testigos inermes, en una interminable cadena de

efectos colaterales, son el escenario cotidiano de la depravación y la ignominia.

Siria, Afganistán, Palestina, Ruanda, las calles de Paris, Madrid o Berlín. La guerra no se puede humanizar porque es en sí una conducta humana. Los tratados, los acuerdos y demás protocolos firmados aquí y allá, son letra muerta mientras persistan los motivos de la disputa. Tanto que hoy convivimos con cientos de guerras declaradas o disfrazadas a lo largo y ancho de la tierra. La presenciamos en primera fila frente a los noticieros que transmiten en tiempo real los bombardeos en Bagdad o El Tambo Cauca, las matanzas y genocidios entre tutsis y hutus, kurdos e ISIS (el llamado estado islámico).

Por eso es tan importante hablar de paz. Enfrentar esta discusión una vez más y cuantas veces sea necesario hacerlo para evitar la muerte por bala, la muerte violenta y formalizada. Guerra donde quienes más sufren son los seres indefensos, los más vulnerables, los más débiles.

Y, ¿cómo se hace la paz? Nos preguntamos hoy enfebrecidos por el destello de las ráfagas, de los atentados, de los secuestros, de los bombardeos, y en general de toda esta cadena de injusticias e ilegalidades que conlleva la guerra.

Pero antes deberíamos preguntarnos ¿cómo se gana la guerra? Y peor aún, ¿Por qué no ganamos esta guerra cincuentenaria en Colombia? ¿Por qué no conseguimos dominar al enemigo? ¿Por qué no lo pudimos vencer y por qué no lo redujimos a nuestro orden jurídico y a nuestras condiciones? ¿Por qué no vencer a la contraparte?

Nos han llevado a extremos de belicosidad; Nos han propinado golpes certeros, han puesto en práctica las más modernas estrategias: tanques fusiles, aviones fantasmas. Han encontrado la forma de evadir sus radares, sus misiles, su inteligencia militar.

Hemos desplegado todos nuestros hombres, todo nuestro equipo, hemos involucrado, por la fuerza o voluntariamente a mercenarios profesionales, a adolescentes imberbes a las filas y no se consigue silenciar los cañones ni los reportes de bajas en combate o fuera de combate. Nos hemos movido en las sombras, en el anonimato, en misiones ultrasecretas, hemos infiltrado, hemos chuzado, hemos incorporado recursos monetarios inmensos para hacer la guerra. Hemos usufructuado los dineros de la delincuencia organizada, nos hemos valido de ellos mismos para hacer alianzas bélicas, cruzadas de combatientes, atentados, bombas, limpiezas sociales; y no han aparecido ni los vencedores ni los vencidos. La guerra está ahí.

En esa dinámica los actores encarnan lo peor de la razón humana y capitalizan sus conquistas justas e injustas que los ponen en una cierta ventaja o desventaja frente a su contrincante, pero nunca como vencedores absolutos. Así las cosas, cada cual cree poseer una parte de la torta ganada bajo el fragor de las artillerías. Cada uno cree tener algo ganado, algo conquistado con lo que se abroga el derecho para sentarse a negociar una paz concertada.

... “puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz...” (Carta de Constitución de las Naciones Unidas, 1998)

Y hacer la paz implica negociar. Establecer un espacio en el que se discutan los puntos de choque. Los elementos que nos fuerzan a disparar y a cometer atrocidades. Los asuntos que mantienen humeantes los fusiles. Uno y otro mataron por algo. Unos por “defender la democracia...maestro” y otros “por acceder al poder...compañero”. ¿Quién ganó en esta demostración de poder, en esa carrera de odios? ¿Quién impuso sus condiciones? A pesar de que sin duda habrá mejores opiniones, los involucrados directos no han ganado el botín.

El estado debe ser el garante de la paz. Constitucionalmente ese es su objeto y su razón de ser.

Y debe hacerlo por las buenas (la democracia) o por las malas (el ejercicio soberano de la fuerza). Por las malas se ha gastado más plata que en la construcción de la Democracia sin conseguirse una victoria definitiva. Tampoco se fomentó la paz, motivo y razón de ser del Estado.

Pretender que la paz se haga a mi modo, cuando no pude exterminar al enemigo, sino que por el contrario ahí sigue operando con indolencia y sevicia, es una perogrullada. La paz se hace a partir de concesiones razonables y razonadas. Querámoslo o no, tenemos que purgar nuestros dolores, nuestros fracasos, nuestros pecados.

Una paz a mi manera es declararse victorioso frente a la evidencia de una contraparte en acción, decidida y fortalecida para seguir la confrontación. Después de sesenta años de vigencia, dolorosamente, se posee un “patrimonio”, un prontuario, si se quiere, un historial luctuoso. Pero ese es su “capital”, su “ganancia”, por lo menos eso es lo que pretenden reclamar.

Quienes pretenden negociar tienen que entender cuáles son los principios teórico-metodológicos fundacionales de la negociación como herramienta de solución de conflictos. Antes que someter a mi antojo a la contraparte debo entender que yo no aceptaría esa misma propuesta de mi antagonista. Por eso Negociar no

es fácil. Negociar “...es lo que ocurre en una situación en que dos partes tienen intereses en conflicto, pero también una zona de conveniencia mutua donde la diferencia puede resolverse”.

El NEGOCIO es el cuerpo u objeto que se pone en discusión. Hoy el negocio es la paz, el cuerpo y el objeto de la negociación es llegar a un acuerdo para la paz. Qué pones tú y qué pongo yo.

El uno: parar la toma de poblados inermes, los secuestros, los ataques, el tráfico de drogas, el terrorismo. El otro: Inversión social, reforma agraria, equidad, justicia, cero corrupciones, trabajo, seguridad social, garantías.

Se negocian cosas e ideas. Interviene el derecho y el sistema legal. Todo un marco jurídico para la paz. Si esto no funciona, se regresa al uso de la fuerza y al uso de la violencia para retornar a las agresiones, a la zozobra, a la proscripción como nación, como sociedad, como economía estable y garantista. Solo hay que mirar el Índice global de paz y confirmaremos nuestra grave ubicación entre 160 países. Condición agravada por otros indicadores que miden la gobernabilidad, la estabilidad y la felicidad de las naciones.

En el proceso de negociación hay que darle duro al negocio, no a la contraparte. “Duro con el problema suave con la contraparte”. La negociación tradicional planteaba como resultado al final de un proceso unos ganadores y unos perdedores. Suma cero. Lo que pierdes tú lo gano yo. Este es un principio equivocado para alcanzar un acuerdo razonable o de ganar-ganar.

Hoy decimos: “crea un perdedor y crearás un enemigo”. La negociación moderna requiere actores proactivos, no reactivos, por lo que los medios de comunicación se deleitan con las mieles de la pauta haciendo el trabajo sucio. Haciendo de cajón de resonancia de tantas voces reaccionarias, recalcitrantes, retardatarias, refractarias y prepotentes que azuzan los ánimos enfebrecidos de la molicie y el cinismo de los grandes salones, de espaldas, eso sí, a la verdadera necesidad de sus congéneres. ¿Es su deber? No. Es su estilo y su estrategia comercial: las consecuencias les valen madre.

Negociar es un proceso de interacción en el que dos o más partes, ambas con valores comunes y antagónicos, se reúnen para confrontar y discutir las posibles soluciones a discrepancias de interés común, con el propósito de alcanzar un acuerdo que sea satisfactorio para todos los involucrados.

Es un proceso de acercamiento de posiciones polarizadas mediante acciones estratégicas de las partes, con las que se busca llegar a impactar positivamente un colectivo, una organización, un país, una sociedad.

En la negociación se van desarrollando sistemas estratégicos que se formulan y aplican recíproca e interdependientemente. Así se va configurando una dinámica procedimental que conduce a definir reglas de juego, intereses y acuerdos que eviten el regreso a la agresión y la violencia.

Hoy por hoy la guerra no solamente se desarrolla en La Gabarra, en El Darién o en Los Montes de María. La guerra hoy está entronizada en la mente de quienes guerrear el poder político en un país corrompido por la rapiña de tantos negociados. Una clase política perversa, oscura, venal, vengativa, inmoral que se resiste al curso de la historia. Que se opone a lo que les significa pérdida de privilegios.

No se oponen a la paz de labios para afuera, pero si se mueven sórdidamente para preservar la injusticia, el caos, la miseria, la crisis social y el padecimiento de inmensas franjas sociales que guerrear por el salario, por el derecho a un trabajo digno, por seguridad social, por educación, por paz y respeto.

Sin duda, quienes se oponen a este proceso están más interesados en venganzas sectarias, pérdida de privilegios y encubrimiento de horribles verdades; los mismos móviles que hace seis décadas, tristemente, originaron el conflicto y su posterior degradación ideológica que les dio licencia, a unos y otros, para imponer el terror en esta hermosa y tremenda geografía colombiana. Estoy listo para las urnas. Confío en la ruta de la paz y propongo que a donde quiera que vayamos, vayamos con todo el corazón.



Pescador, La Mojana, Sucre, 1983

“EL RESISTIBLE ASCENSO DE DONALD TRUMP”

In memoriam Bertold Brecht

Al iniciar algo que podría constituirse en una vuelta más de la espiral eterna de la historia, quedamos con un interrogante en la garganta frente a ese resistible nuevo ascenso de otro siniestro personaje a los anales de la historia.

Frente a las pantallas vimos a este figurín de última moda encabezando la pasarela de las vanidades. A cuál más acuñando discursos manidos y demagógicos como en las peores épocas del populismo colonialista. Todos esos figurines salpicando de luces y lentejuelas a una multitud de obnubilados. Enceguecidos por el brillo y el destello ordinario del neón y la baratija de una clase usurpadora que pretende representar a la sociedad de nativos americanos.

Todos clamando por ser americanos en una negación de nuestra propia identidad y con una arrogante pretensión de no tener que ver con los millones de inmigrantes famélicos que construyeron, a partir del arribo del

Mayflower, con sudor y con sangre, una comunidad variopinta en culturas y sentimientos; no sin antes aplicar, eso sí, la sistemática suerte de exterminio de los verdaderos americanos (Cheroquies, Cheyennes, Seminole, Navajos, etc.).

Todos allá asombrados de su propio cinismo, en ese delirante derroche de glamur, reclamando ser una raza superior. Genuflexos y superficiales, todos prefabricados en las academias del boato, de la tecnocracia y de la miseria emocional. Negando la historia palmaria de sus acciones imperialistas, guerreristas, utilitaristas, xenóforas, que, con el trabajo de los pueblos invadidos, han levantado los imperios del individualismo; ya no tanto de una NACIÓN, sino de sus poderosos dueños. Esto nos confirma que ya no hay ESTADO-NACIÓN del que nos habla Hume, este ahora es un concepto volátil; son las corporaciones las dueñas del poder, de la ley y de la justicia. El estado es una carta escrita sobre un papel indeleble pero mudo.

Fue el derroche profuso del oropel, de la perfidia y de la egolatría, principio y razón de ser de una pretendida raza superior, acaso imbuida por un destino manifiesto, de la que nos dio buena cuenta ya el nefasto personaje fascista parafraseado por el maestro Brecht con su obra de teatro cuyo título aquí utilizo.

Y ni hablar de esa demostración penosa de las hipocresías. Saca micas y chupamedias, sonriéndole a sus

agresores, a sus propios verdugos, que hacen su trabajo vestidos de frac y cuello blanco con las manos enlodadas por las marrullerías y olorosas a orina y a benjuí, eso sí, de marcas Cocó Chanel, Carolina Herrera o Gucci; los pseudo *fashionistas* del estilo, pero no del alma.

Comienza el espectáculo. Los medios tienen aseguradas ganancias incalculables gracias a las extravagancias de este personaje que pretende encarnar a todo el pueblo estadounidense. Correrán ríos de tinta en los tabloides, las revistas del espectáculo, los canales televisivos, las redes, etc., etc., dando cuenta del último berrido de este rostro cruzado por la prepotencia. Mueca esperpéntica, casi diabólica, como lo han visto varios.

Estaremos consumiendo del bazar mediático con este personaje (no de un estadista) y su corte de vasallos y áulicos, transitando por el límite de los abismos de la incertidumbre y el miedo. Eso sí, seguros de que América (Estados Unidos) volverá a ser grande con la imposición de las ya padecidas políticas de “América para los americanos (¿norteamericanos?) y el “Consenso de Washington”. Estos *Drag Queens*, con sus destellos de superficialidad y de ambigua existencia, mantienen ocultas, tras las bambalinas de su grotesca mascarada las miserias de la otra mitad del mundo, que ha servido de oxígeno para la reproducción de los verdugos.

El 20 de enero de 2017, se alzó el telón, y como sabemos, la pantomima tiene dos caras.



Caminando Ando, San Agustin, Huila, 2017

CRÓNICA DE LOS VENCIDOS

Treinta y tantos años después, nuevamente anduve durante unos días por el sur del país con el deseo, siempre latente, de encontrar alguna traza genética de quienes pudieran haber sido mis ancestros prehispánicos.

Crecí y me eduqué, como la mayoría de los que leen estas notas; en un ambiente euro-centrista. La literatura, la academia, la ideología y el pensamiento nos daban el “privilegio” (y todavía lo creen muchos) de elevarnos por encima de los nativos a observarlos como especímenes diferentes, cuya existencia e historia es “alterna” a la nuestra, convirtiéndolos, por ello, en objetos de estudio, de análisis y de tratamiento especial. Al final seres inferiores que nos llaman a la compasión. Nadie se detuvo a explicarse por qué el término indígena era el más apropiado para estos seres virginales e inocentes (no primitivos), que no reparaban en que la desnudez ni era vergüenza ni era miseria; como sí lo era para los europeos de la época.

En ese tránsito del existir y de la evolución del nativo americano hacia la *indianidad* o *indigenidad*, obró quizás la moral mojigata y mentirosa de la ideología judeocristiana; que, en aras de rectificar la falseada omnipotencia de Dios, en relación con su creación, acomodaron convenientemente las matemáticas y las mediciones de

Eratóstenes de Sirene. Esto es que encontraron al subcontinente indio 22.000 kilómetros antes de lo presupuestado. Colón, que para entonces ya sabía que las mediciones de Eratóstenes daban cuenta de que el diámetro de la tierra era de unos 40.000 kilómetros, estaba buscando a la China y a la India navegando hacia occidente unos 30.000 kilómetros, cuando menos. Pero para rectificar mintieron, pues las costas (caribeñas), que fue lo que encontraron, estaban a solo 8.000 kilómetros de España. Les dio pereza, miedo o qué se yo, y olímpicamente concluyeron el viaje a medio camino y nos bautizaron como los indios de la India. Pero como eso no podía ser, pronto difundieron que estos otros seres desnudos, con sus “vergüenzas” al aire libre debían ser otra creación divina y por tanto habrían de incorporarse al único mundo conocido y dominante, la mitad o centro de la tierra: el mediterráneo.

Nos llamaron indígenas porque creyeron haber llegado a la India por Occidente. Pero no. Nos llamaron indígenas por la condición de indigentes según la propia condición de sus paisanos europeos que, sí se avergonzaban de la desnudez que los amenazaba, producto de su condición de indigencia en un sistema económico y social perverso y esclavista.

Mientras conducía por estas carreteras del folklorismo mágico (léase de un tropicalismo desordenado y abusivo,

que vive entre la legalidad y la ilegalidad a lado y lado de la vía) hacia el sur de Colombia, hervía pues mi mente con los mismos interrogantes que me hiciera hace 30 años. Allí estaba esa multitud de monolitos gigantes, inspirados en quién sabe qué cosmovisiones o fantasías, cargados de misterios, de gestos y expresiones cruzadas de fantasmas y de dioses, seguramente más antiguos que el dios recién llegado.

Esta cultura que se asentó por unos mil quinientos años (-300 al 1200) en las tierras del sur y que debería llamarse cultura del Alto Magdalena, dejó uno de los complejos arqueológicos más interesantes de Suramérica por sus manifestaciones estéticas y religiosas. Se sabe que, a la llegada de los invasores, estas comunidades ya habían emigrado a otros territorios y lo que tenía que suceder era que sus entierros, sus acueductos, sus centros ceremoniales y de reunión, junto con sus construcciones, altares y adornos cargados de diseños, colores y expresiones antropomorfas, telúricas o religiosas, se convirtieran en un botín de conquista y objeto de la más inmisericorde devastación. (i)

Saqueada una y mil veces, las tumbas, utensilios, ornamentos ceremoniales, grandes y medianas estatuas de hombres o animales, seres compuestos y doblemente antropomorfos, empenachados, en trance místico o en actividades cotidianas; depositarias de una historia

fabulosa, se silenciaron. Igual con las estelas, los petroglifos, las herramientas líticas, los adornos, la cerámica y muchos otros objetos que hacían parte de una cultura poderosa en su visión cósmica, que hoy siguen en proceso de silenciamiento por lo que ha resultado tan difícil para los antropólogos, historiadores e investigadores, desentrañar los inmensos valores de esta sociedad cultural prehispánica.

Se sabe que la historia de la humanidad se reconstruye desde sus restos materiales, y que la historia revelada nos recuerda o nos condena en el futuro. Pero es escasa la documentación que existe a pesar de la dedicación de los investigadores (Luis Duque Gómez, Gerardo Reichell-Dolmatoff, Konrad Theodore Preuss, entre otros) para contar la historia, sin duda maravillosa, que esta comunidad tejó en el tiempo. Inscripciones en cuero y pieles de animales, en hojas vegetales, tejidos o instrumentos musicales o de cestería, se quemaban, se desechaban, se destruían, pues no representaban para los invasores ningún valor de cambio o mercancía.

Las grandes estatuas que están aún allí, en excelente estado de conservación, organizadas, clasificadas y dispuestas adecuadamente gracias al trabajo del Instituto Colombiano de Antropología e Historia -ICANH- y el Parque Arqueológico Nacional de San Agustín e Isnos, se salvaron por cuenta de sus propias dimensiones, que

las hacía difíciles de contrabandear, de transportar o de ocultar.

Sin embargo, se sabe que muchas se encuentran en casas privadas o mansiones de poderosos o excéntricos señores para completar el decorado de sus salones o de sus propios egos.

Por lo demás, la intervención institucional, a través del Parque, como queda dicho, nos permite contar con un circuito turístico cultural y ecológico de gran valor didáctico, a más del apasionante y delicioso tránsito por un tiempo remoto de nuestras propias raíces.

Los referentes estéticos, místicos y religiosos que hacían curso en las cosmovisiones de nuestros “segundos padres”, los europeos, después convertidos en “padres de la patria”, eran lo suficientemente perversos para entender y aceptar la inocencia de nuestros nativos americanos. A la dádiva que los nativos prodigaban al forastero, estos les correspondían con la mutilación completa de la mano extendida, pues no les bastaba la generosidad de los humildes.

Así le dimos paso a un mestizaje que con el tiempo habría de imponernos la segregación, la exclusión, la explotación. Europa era la mitad o centro del mundo, y esta fórmula hizo camino y se enraizó en el credo y el

pensamiento de los criollos que heredarían, y peor aún, delegarían a las generaciones posteriores, visiones maniqueístas, exclusionistas, marginadoras y esclavistas que persisten hoy en este orden social más cercano al caos que a una sociedad comprometida en un objetivo común de paz, convivencia, equidad y justicia. El inicio del siglo pasado nos mostró la persistencia de esta casta de señores disque enriqueciendo nuestras letras, nuestra política y nuestra ideología con la aparición de unos bates que intentaron imponer un movimiento cultural llamado el greco latinismo, hijo putativo del eurocentrismo de marras, intentando y cohonestando con el proyecto de los invasores. El greco latinismo, tan propio de nuestros narradores caldenses en particular, y de algunos políticos que todavía vociferan a pesar de sus pecados, acusan una marcada complacencia por enaltecer estilos, sistemas narrativos y posturas ideológicas tristemente responsables de un pasado luctuoso. (ii)

¿Cuántas enseñanzas sobre el cosmos, la vida, la muerte o las relaciones armoniosas entre las sociedades y la tierra que nos soporta, dejamos de incorporar a la evolución del hombre “civilizado” en América, si hubiéramos escuchado a quienes habitaron estos territorios virginales por milenios? ¿De cuánta filosofía, cuántas técnicas, cuánta comprensión de los elementos y sus dinámicas constructoras de historia y de futuro se nos privó?

En Gigante-Huila me detuve un largo tiempo a contemplar La Ceiba de la Libertad, centenaria, inmensa, grande, revivida y renacida desde una enfermedad que tuvo hace algunos años y del maltrato de los visitantes. Ahí la encontré confirmándonos que la paz puede renacer y reivindicar a nuestra Colombia, a nuestra torturada patria poblada de vencidos por el fragor de los cañones. Vencidos por el odio y la violencia, por el desplazamiento y el miedo. Confirmándonos que la paz si es posible a pesar de tantos detractores que trompetean sus dianas en marchas belicosas de fechas veintejulieras.

“Cultura situada en la parte meridional de los Andes colombianos. Los agustinianos fueron notables agricultores, extraordinarios escultores, y creadores de una larga y compleja estructura cultural. Se distinguen en América por haber creado en piedra todo el proceso de su mundo mítico, militar, civil y religioso, en el que se destacan el culto a los muertos y los ritos del agua. Los agustinianos fueron plácidos como los Sumerios y se comunicaron muy bien con sus vecinos”. (iii)

i GAMBOA HINESTROSA, Pablo. Reseña histórica y arqueológica sobre la civilización agustiniana. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, [S.l.], n. 8, p. 47-74, ene. 1976. ISSN 2256-5647. Disponible en: <<https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/36324/37899>>. Fecha de acceso: 14 ene. 2018

ii Jaramillo Echeverri, Octavio (1988), ¿Qué es el grecolatinismo?, Ed. Biblioteca de escritores caldenses, Manizales.

iii Grass, Antonio (1982), Los rostros del pasado: diseño prehispánico colombiano. Ed. Antonio Grass, Bogotá

APUNTES CRÍTICOS SOBRE UNA COLOMBIA
DESDIBUJADA

(Ficha Técnica)

Formato:	14.8 x 21.00 cm.
Caja gráfica:	9.25 x 15.0 cm.
Tipo de letra:	Garamond
Tamaño de la letra:	12 puntos
Interlineado:	1.15 puntos
Páginas:	200
Papel:	Pág: Bond de 70 grs.
Carátula:	Propalcote de 250 grs.
Encuadernación:	Rústica, plastificada mate